

# La Ilustración Artística

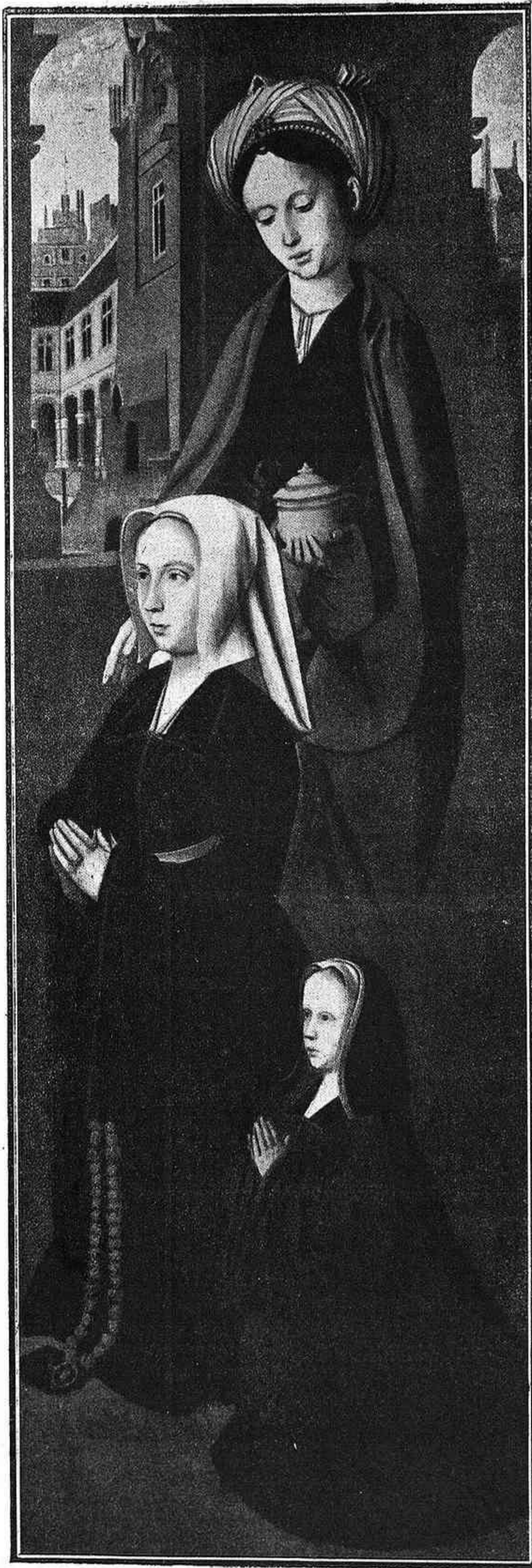


# Artística

Año XXI

BARCELONA 22 DE SEPTIEMBRE DE 1902

Núm. 1.082



BRUJAS.—Exposición de Arte flamenco antiguo.—Tableros de un díptico de Gerard David

# SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea. En París*, por Emilia Pardo Bazán. — *El amor y la muerte*, por Juan B. Enseñat. — *Brujas. Exposición de arte flamenco antiguo*, por Pedro Coll. — *La copa y el vaso*, por Enrique Corrales y Sánchez. — *Nuestros grabados.* — *Via libre*, novela ilustrada (continuación). — *Carteles de la Exposición de arte antiguo y de las fiestas de Nuestra Señora de las Mercedes.* — *Los aluviones auríferos de Colombia*, por Félix Colomer. — *Medalla conmemorativa de la inauguración del puerto de Túnez.* — *La cura de la obscuridad.* — Libros enviados á esta Redacción.

**Grabados.**—*Brujas. Exposición de arte flamenco antiguo. Tableros de un diptico de Gerard David.* — Dibujo de Mas y Fontdevila que ilustra el artículo *El amor y la muerte.* — *Tablero del diptico «Historia del juez prevaricador»*, obra de Gerard David. — *Lope de Vega*, estatua de Mateo Inurria. — *En el palco*, cuadro de Manuel Cusi. — *La vaca herida*, cuadro de G. H. Mosler. — *Lafayette recibido por Washington*, cuadro de A. Gatti. — *Una limosna*, cuadro de E. Noir. — *Dr. Rodolfo Virchow.* — *S. A. el príncipe Luis Amadeo.* — *El crucero de la marina italiana «Liguria».* — *Cartel anunciador de las fiestas de la Merced*, obra de José Triadó. — *Cartel anunciador de la Exposición de Artes antiguas. Barcelona*, obra de Ramón Casas. — *Medalla conmemorativa de la inauguración del puerto de Túnez*, obra de Bottée. — *Pasando el rato*, cuadro de Luis Graner.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN PARÍS

Ayer asistí á la función del teatro de la *Comedia francesa*. Se representaba *Hernani*, que, como ustedes ven, es toda una novedad. Más añejos son, sin embargo, Corneille, Racine, Regnard y Molière que Víctor Hugo, y sin embargo estos trágicos y cómicos pelucones parecen muchachos de la escuela al lado del autor de *Hernani*. Ciertos dramas de Hugo han enranciado menos y conservan su aureola: *verbigracia, Ruy Blas, Marion Delorme*; pero *Hernani*, visto desde nuestro siglo xx, aparece por demás absurdo y descabellado. No extraño la indignación de los clásicos. Había para darse al diablo viendo aplaudir y celebrar, en concepto de programa de una escuela nueva y triunfante, esa obra sin pies ni cabeza.

Lo peor de *Hernani* es que los personajes no parecen locos, sino, muy á menudo, tontos; dejan perder las ocasiones y toda la fuerza se les va por la boca. *Hernani*, desde el primer acto, anuncia que Carlos V se las pagará y que le ha de dar muerte; se pasa cuatro actos pudiendo ejecutarlo y nunca lo ejecuta. Carlos V se pasa los mismos enamorado de D.<sup>a</sup> Sol, raptándola, y D.<sup>a</sup> Sol defendiéndose del tirano con un puñalito que sale á relucir sin interrupción en trances críticos. Carlos V habla sin cortesía, de un modo impertinente y altanero, impropio de tan gran señor; Silva es una especie de esfinge; y su papel, desairadísimo, casi ridículo, mientras á su presencia se envenenan los recién casados. Hay monólogos interminables y diálogos imposibles. Hay frases que son ingenuas con vistas á la bobería. Y entre col y col, hay rasgos geniales y escenas sabrosas.

\*\*\*

De la representación podría decir mucho y no todo bueno. Desde luego, la compañía española Guerrero-Mendoza tiene mejor vestuario y atrezzo del que aquí veo que emplean para el teatro de Hugo. No me persuado de que incurrieran en tan chocantes impropiedades como la de presentar, en el primer acto de *Hernani*, candeleros con arandelas de cristal, que parecen compradas ayer en los almacenes del *Louvre*, y con bujías esteáricas. Tampoco está bien que cuando *Hernani* revuelve el cofrecillo de los regalos de boda de D.<sup>a</sup> Sol, lleno de «perlas y brillantes», según él mismo dice, salgan del tal cofrecillo unas sargas de coral falso y de vidrio azul, de las que se venden en las ferias de aldea. No es verosímil que D.<sup>a</sup> Sol, el día de su enlace, vista un traje que parece que fregó la cocina. Menudencias..., bueno; todo lo menudencias que ustedes gusten. ¿No ha de diferenciarse en absoluto el *Hernani* de París del *Hernani* que pudiera representar en Villasoara una compañía de la legua?

Ni me cautivaron los actores. *Silva* tiene tipo de honrado tendero: fáltale lo único que hace disculpable al figurón de *Silva*: la dignidad, el aire de gran señor. D.<sup>a</sup> Sol es tan flaca, tan feíta, y tan desgredada se presenta, que sube de punto la inverosimi-

litud de que se la disputen á rabiarse tres galanes, entre los cuales se cuenta todo un rey de Castilla y futuro emperador de Alemania. *Hernani* sale de calañés con moños, pañuelo atado á la cabeza, y no sé por qué no saca patillas de boca de hacha y trabuco naranjero. ¡Ah! Se me olvidaba la característica mantilla blanca, de blonda, en que se envuelve D.<sup>a</sup> Sol!

\*\*\*

A todo esto, el público encantado. A mi alrededor los espectadores se entusiasman, aplaudían y no era *claque*. — El teatro, rebosando, á pesar de que, siendo las butacas de terciopelo, en esta época del año no se está ni medio á gusto en la «casa de Molière.» No es la primera vez que observo la benevolencia, el optimismo del público en Francia, y lo raro que es oír una palabra de desaprobación, sea contra el autor ó contra los actores. Cosa tanto más de notar, cuanto que el teatro aquí es caro, incómodo y difícil; si no se compra el asiento en contaduría, con recargo no despreciable, es preciso hacer unas colas... que yo no haría por todos los bandidos generosos de la España romántica.

\*\*\*

Un diario parisiense publica una caricatura; los males que afligen al pobre: el hambre, el alcohol, el embargo, la fecundidad..., y al pie, un automóvil hecho trizas, y esta leyenda: «Pero el rico tiene el automóvil.» En efecto, estos días andan sueltos los diablos del automovilismo. Y su parte diabólica hay en el asunto; de antiguo sabemos que el diablo es muy expeditivo, y para decir de alguien que va aprisa, decimos que va «como alma que lleva el diablo.» Estos ricos de automóvil al canto se han propuesto suprimir las distancias. A no ser por los *records*, el automovilismo no causaría víctimas. A velocidades relativamente moderadas desaparece la mayor parte de las contingencias de peligro. Sino que justamente lo embriagador es *eso*, volar. Quitarle al automóvil el vértigo de la carrera es quitarle su chiste.

La pareja Fair había venido á París alegre, enamorada, dispuesta á gozar, á liquidar parte del trigo que les sobraba. A estas horas, en dos ataúdes, navegan con rumbo á la América del Norte los brillantes esposos. Otro automóvil acaba de lanzar sobre el camino real polvoriento una hornada de gente *chic*; tal *sportman* se rompió tres costillas, cuál se desbarató la cadera. Ayer, un perrito hizo saltar un automóvil con su tripulación, y descansando en el fondo de un precipicio se quedó el artefacto y los que iban en él. Es una moda, pero moda que demuestra hasta qué punto anda mal distribuido el dinero y qué uso absurdo hacen de él los que lo tienen á patadas. Suponed á un hombre poseedor de esa palanca magnífica, de ese *arrégalo todo* que se llama capital, y estudiad después á qué lo destina y cómo lo gasta. En vez de hacer á su alrededor dulce la vida, sólo trata de perderla pronto, de destruirse contra un árbol, un poste ó un pretil de puente. Su tesoro no le ha servido más que para estrellarse. Su riqueza le compra un instrumento de muerte. Y sus aspiraciones, en materia de goces, se reducen á ir aprisa..., aprisa..., más aprisa aún..., como en los cuentos de aventuras fantásticas ó en las angustiosas pesadillas.

\*\*\*

Y ¿qué se ve, qué partido se saca viajando así? Ninguno, sobre todo cuando, llevado á su perfección el *sport*, es el mismo archimillonario quien se encasqueta la gorra del *chauffeur* y ejerce oficio tan comprometido y arduo.

No puede el *chauffeur* distraerse un segundo. Cubiertos los ojos con recios cristales, en tensión los nervios, inclinado el cuerpo, inmóviles y juntos los pies, ocupadas y sujetas las manos, dominado el espíritu por la convicción de que un insignificante movimiento indebido acarrearía consecuencias espantosas, va el *chauffeur* á esas velocidades sobrealagudas de 120 y 130 por hora, atravesando como en un vértigo regiones que no ve, y que desfilan y se borran y confunden, identificadas como los colores en una rueda cromátropa. Atrás van quedando las lindas aldeitas, los *chalets* enramados de viña virgen, los esbeltos campanarios, las ruinas pintorescas, los ríos de apacible curso, las florestas que convidan á reposar á la sombra, los jardines donde gustaría cortar una flor..., y el automóvil cruza, visión del infierno, engendro de calenturientas horas, capricho de locura, llevando en su seno á los judíos errantes, á los millonarios condenados, que á dere-

cha é izquierda sólo ven una confusión informe, que requeriría, para ser descrita, la pluma de Campoamor cuando retrataba en felices imágenes al tren expreso, aquel «león con melena de centellas,» á quien hoy se mira como á inválido gotoso que reniega apoyado en un bastón, y que se persigna cuando cruza el automóvil...

\*\*\*

Por segunda vez ha visitado á París el Cha de Persia. Este no es aquel Nazaredino de quien referí muchas cosas y que sucumbió bajo el puñal de un sectario babista, porque el rey de reyes se había entretenido en alumbrar las calles de Teherán con candelas que iban clavadas en el cuerpo de los afiliados á esa secta, y las candelas, al quemarse, derretían la grasa y chupaban la sangre de aquellos pobres cuerpos de creyentes. — Este es su hijo, Muzafaredino, de quien no sabemos que haya cometido crueldades parecidas; — aunque Persia está muy lejos, el poder del Cha es muy absoluto, y pudiera suceder que aquí nos chupásemos el dedo creyendo que la lección de la muerte del padre fué provechosa al hijo y sucesor.

Los periódicos parisienses, que describen día por día las ocupaciones y recogen hasta lo más insignificante de la estancia del Cha, notan unánimes que el rostro del poderosísimo soberano está velado por una nube de honda y singular tristeza. — Las filosofías que esto sugiere pertenecen al género barato, y creo que pueden hacer juego con las que acaban de dictarme los automóviles. A Muzafaredino no le falta en este mundo sino sarna que rascar, como dirían nuestros abuelos. Saciado está de goces de todo género, y es posible que su mala salud no se deba sino á hartazgos de miel. De su hacienda privada, que debe de formar un solo cuerpo con la hacienda pública de Persia, sólo podré decir que el soberano sacó para la vueltecita que está dando diez millones de francos, pico redondo, y al llegar á la capital de Francia ya casi nada le resta: tendrá que hacer otro giro... Y no obstante, y á pesar del respeto fanático que le rodea y de la acogida más que cordial que Francia le tributa, sus ojos revelan, al unánime decir de la prensa, tristeza infinita, inconsolable...

\*\*\*

Ha sido detenido, juzgado y sentenciado á quince días de arresto un trovador. Sí, un trovador; aunque la palabra disuene. Los trovadores, troveros y juglares eran, como nadie ignora, gentes que iban de casa en casa y de plazuela en plazuela y calle en calle, recitando ó cantando al laúd poesías, sátiras á veces; con esta industria y habilidad se sostenían. Aquí les recibían bien, acullá les soltaban los perros..., pero echarles á la cárcel no era costumbre, á menos que algún poderoso señor se ofendiese de sus chirigotas ó se celase de los atractivos que su canto revestía para la castellana. — El trovador de París era (y es, pues no le han guillotinado) un pobre diablo que vivía de la muy inofensiva y hasta simpática industria de improvisar (trovar) coplas y cantares en la vía pública, sobre asuntos de actualidad palpitante: el timo Humbert, la catástrofe Fair, el cierre de escuelas congregacionistas... Quién le soltaba un sueldo, quién dos, quién veinte; y no hacía mal á nadie, ni molestaba siquiera. Cuando le interrogaron, el pobre diablo dijo cosas sensatas. «Cada cual tiene su modo de vivir y su profesión. No soy un vago: soy un poeta. ¿Es que se prohíbe la inspiración? ¿Puede saberse de qué vivía Víctor Hugo? De sus versos. Yo, de los míos. No me parece justa tanta benevolencia para él y tanto rigor para mí. Déjese, pardiez, versificar, y si los ciudadanos gustan de mi musa y la premian con unas monedillas, no se me trate como á los malhechores.»

Y á mi ver decía verdad el jilguero de encrucijada. Eso no es mendigar. Este hijo de Apolo ni siquiera tendía la mano como su colega de la Edad Media, que repetía plañideramente: *Dáde al de Villсандino*. A cada paso, en el bulevar, encontramos mercaderes ambulantes; venden cortaplumas, cabos de pluma, conejitos que saltan y brincan, agendas, el diablo... ¿Por qué no ha de comer el que, incapaz de pregonar baratijas de hueso y palo, pregona las chucherías del pensamiento y rima los sucesos y las preocupaciones diarias de París?

Y si á ese le prenden, ¿qué guardan para los apaches y demás tatuados que tanto gusto dan á las altas horas en los bulevares exteriores?

EMILIA PARDO BAZÁN.



De pronto, uno y otro divisaron á través de los matorrales la silueta de un cazador

EL AMOR Y LA MUERTE

En uno de los puntos más pintorescos de la costa de Bretaña, á un par de kilómetros de Concarneau, ese curiosísimo pueblo de marinos y fabricantes de conservas, de cuyo puerto salen diariamente, en verano, seiscientas velas, entre blancas, azules y rojas, para la pesca de la sardina; junto á la aldea de Beuzec, se alza en medio de un extenso parque amurallado el castillo de Kergolé, que fué residencia señorial de una de las familias más linajudas de la Bretaña y hoy se halla convertido en Museo provincial arqueológico y etnográfico, por disposición testamentaria de su última dueña la señora viuda de Morlán, que lo legó, para rehabilitación de la execrada memoria de su marido, al departamento de Finisterre, con la condición que se estableciese en el Museo una cuota de entrada á beneficio de los pobres de la jurisdicción, á quienes se distribuyen igualmente los rendimientos de los extensísimos huertos y tierras de labor que rodean el castillo.

Este es una verdadera joya del arte gótico. Pero no se trata aquí de describir tan soberbio edificio ni las preciosas colecciones que encierra, sino de referir una dramática historia que á su recuerdo va unida, y que el verano pasado oí de labios de un viejo bretón con quien visité el Museo. El plazo fijado por la Asamblea legislativa para la repatriación de los emigrados sospechosos de conspiración contra la primera república francesa, hacía un mes que había expirado.

Los bienes patrimoniales de la familia de Kergolé iban á ser convertidos en bienes nacionales. ¿Qué patriota iba á ser el primero en mostrar, con la adquisición de aquellos bienes, su confianza en la Revolución?

El ex intendente de los marqueses de Kergolé era, en la comarca, el único plebeyo bastante rico para comprar la finca de sus antiguos amos.

Pero no se presentó. No porque no tuviese ganas de adquirir en propiedad el castillo y las tierras que habían sido el origen de su fortuna, sino porque ante todo era hombre práctico y sabía conciliar sus entusiasmos con sus intereses.

Para realizar su propósito, el ex intendente esperaba ocasión más propicia.

La primera subasta resultó desierta. Bajóse el tipo en un diez por ciento y tampoco hubo postor.

A la tercera, rebajado el tipo de subasta á menos de la mitad del valor real de la finca, el hombre creyó llegado el momento de hacer acto de patriotismo, y compró el castillo de Kergolé con su parque, sus granjas, sus magníficos huertos y sus extensas tierras de labor.

De intendente se convirtió en propietario. Y desde aquel momento se dió aires de gran señor.

El país le pareció más grandioso, el panorama más risueño, el espectáculo todo de la naturaleza más apropiado á su nueva condición de castellano de Kergolé.

Abierto el corazón á la poesía de la vida, enamoróse de una linda muchacha de Quimper y la tomó por esposa.

Morlán frisaría en los cuarenta cuando se casó con Carlota Balty, que apenas había cumplido diez y siete.

Desde aquel momento el ex intendente comparó su existencia entre su mujer y su fortuna.

A fuerza de exacciones llenaba sus arcas de oro, en tanto que la ternura de Carlota le llenaba el alma de felicidad.

Explotando á los lugareños, á quienes hacía trabajar mucho y pagaba poco, no tardó en aumentar el valor y rendimientos de la finca. Pero la satisfacción que esto le causara no podía compararse con la dicha que le proporcionaba la vida íntima del hogar, en compañía de su joven esposa, cuya hermosura y delicioso carácter mantenían su amor en una exaltación perenne.

Para ella quería acumular riquezas, y su ambición de dinero sólo era comparable á su pasión por Carlota.

Pero asustada de los odios que su marido recogía con su oro, la joven castellana procuraba poner coto á la codicia y á las exacciones de Morlán.

El ex intendente de los marqueses de Kergolé era el terror de la comarca.

Los pobres no se atrevían á recoger ni una rama

seca en los extensos dominios donde antes les estaba permitido hacer provisión de leña para el consumo de sus humildes hogares.

Aislada en el castillo con su esposo, Carlota abogaba constantemente por los pobres del lugar, procurando que se compadeciese de su miseria.

Morlán resistía á todas las súplicas de su compañera, encaminadas á la práctica de generosidades y larguezas, y continuaba oprimiendo y explotando á los pobres sin piedad y sin tregua.

— ¡Pero no ves que creas en torno tuyo una atmósfera de odio que tarde ó temprano puede serte fatal!

Quando esto le decía Carlota entre temerosa y tierna, su marido se encogía de hombros, contestando:

— Esa canalla nos devoraría si no la tuviésemos á raya.

Cruzaban la comarca murmullos de descontento; sordos rumores que partían de las chozas diseminadas por las colinas de Rosporden, daban la vuelta por los pueblos y aldeas de los contornos y parecían encerrar al castillo en un círculo de cólera, que amenazaba hacerse justiciera.

Carlota presentía alguna desgracia. Cuando salía con su esposo, ya no la saludaban los campesinos con las muestras de respeto y de simpatía de antes. Algunos aldeanos cedían el paso al carruaje de Morlán con tal lentitud, que parecían dispuestos á hacerse atropellar á fin de dar motivo á la rebelión para estallar de pronto como un incendio.

Un día Carlota modificó su frase habitual diciéndole á su esposo:

— ¡Pero no ves que por culpa tuya me aborrecen! El marido reflexionó.

Aquella idea pareció impresionarle profundamente.

— ¿Qué temes?, preguntó á su esposa.

— Todo..., ¡todo!.. No me atrevo ya á salir.

— ¡Ah! Si algún daño te hiciesen, pasaría yo la comarca á sangre y fuego!

El advenedizo señor se creía omnipotente.

— ¿Con qué derecho?, le objetó su mujer con dulzura. Te haces ilusiones sobre tu poderío. Contra tus ambiciones de señor feudal están las leyes que te condenarían. Sé más bien caritativo y bené-

volo. Sé bueno, si no por ti, por tu esposa que tanto te ama y que teme una desgracia para los dos.

Aquella escena determinó un cambio en el carácter de Morlán.

Pero ya era tarde. Una conspiración de campesinos había llegado á una solución. Los conjurados habían decretado la muerte del ex intendente de Kergolé.

llevase á la mujer en la grupa de su caballo. La conversación era así más fácil y más íntima, pues los senderos de los bosques eran demasiado estrechos para que las cabalgaduras pudiesen ir á dos de fondo.

La enamorada pareja volvía de su paseo, por una umbrosa senda de espeso bosque. El marido había aflojado las riendas del caballo, que iba al paso. La

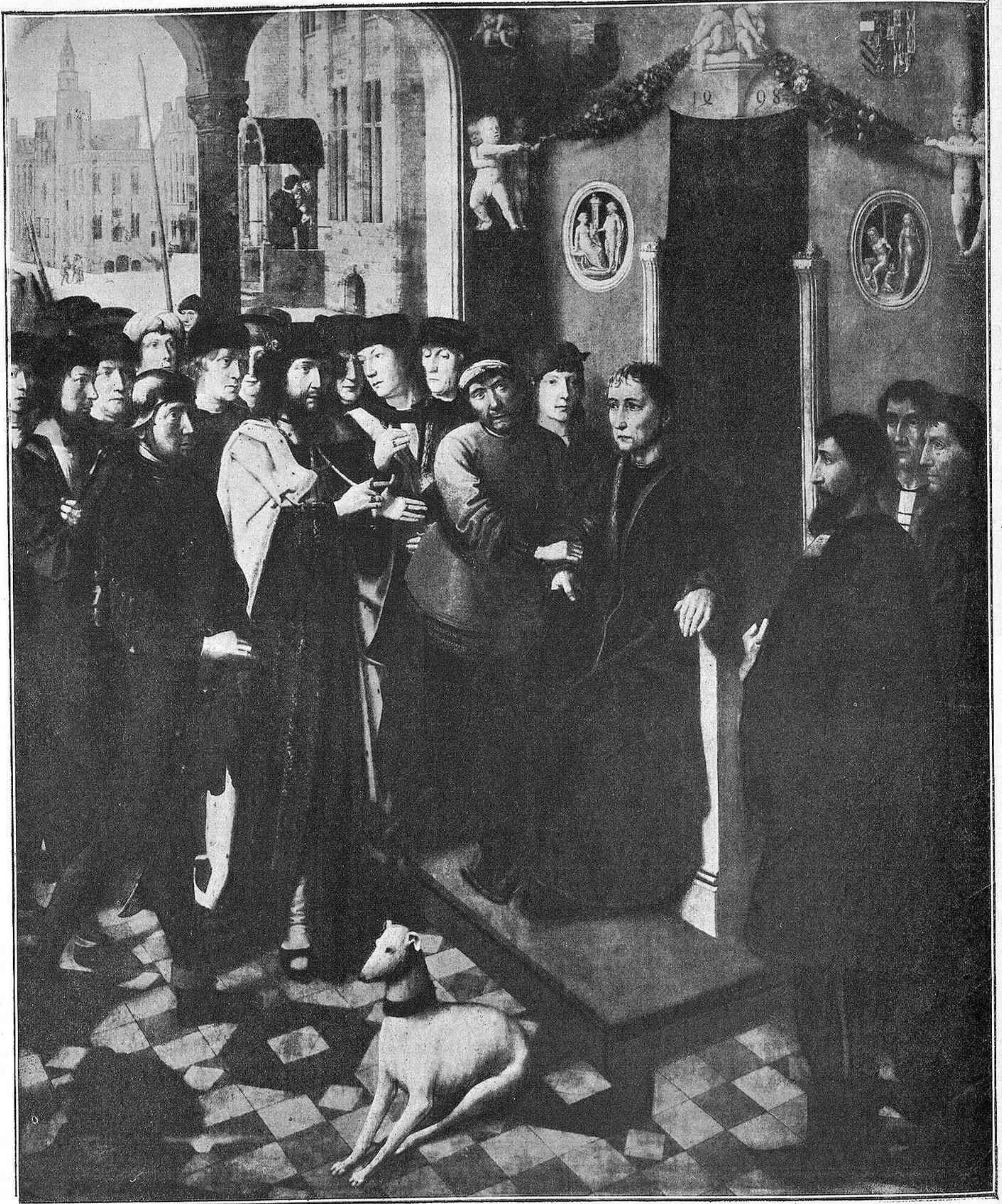
Carlota se agarró al cuerpo de su esposo, cuyas piernas adquirieron súbita rigidez.

El caballo salió á galope tendido en dirección al castillo.

—¿Estás herido?, preguntó ella, temblando, á su esposo.

Morlán no contestó.

—Yo he salido ilesa, añadió la mujer, que había



BRUJAS. - EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO. - TABLERO DEL DÍPTICO «HISTORIA DEL JUEZ PREVARICADOR,» obra de Gerard David que se conserva en el Museo Municipal de Brujas

El que más agravios había recibido de él se encargó de ejecutar la terrible sentencia.

Era una clara mañana de abril. El sol asomaba por encima de la cordillera de Pont-Aven con un calor suave que trocaba en tenues vapores el rocío de los campos.

Carlota tuvo el antojo de ir á dar un paseo á caballo; sentíase invadir por la anemia en las salas ojivales del castillo, y necesitaba aire libre y actividad vivificantes.

Morlán accedió gustoso.

Entonces era costumbre en Bretaña que el jinete

mujer apoyaba de vez en cuando la cabeza en el hombro de su esposo para escuchar ó decir alguna ternura.

De pronto, uno y otro divisaron á través de los matorrales la silueta de un cazador que les seguía como su sombra.

Carlota, inquieta, se incorporó para ver mejor.

Sin duda era el momento esperado por el desconocido, que no quería herir á la mujer, pues brilló en la espesura un chispazo seguido de una detonación.

El caballo se encabritó dando un relincho.

comprendido que el disparo fué contra ellos. Pero tú estás muy pálido. ¿Te hirió? ¡Contesta!

Morlán tampoco contestó esta vez.

Ella se asomó por encima del hombro para verle la cara.

El, sujetas las riendas con mano firme, fijos los ojos, apretados los labios, parecía dominado por la idea de huir y llegar pronto al castillo.

De pronto Carlota dió un grito.

Acababa de ver una mancha de sangre en el costado de su esposo.

—¡Cielos! ¡Morlán!.., exclamó alocada.

Mudo y rígido, el jinete continuaba mirando fijamente hacia delante, con los dientes muy apretados, las manos agarradas á las riendas y los pies á los estribos.

Aquella carrera desenfadada y lúgubre duró todavía cinco minutos.

Por fin el caballo se detuvo jadeante en el patio del castillo.

BRUJAS

EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO

II

Son tantas las maravillas que encierra la exposición, que para hacerse bien cargo de ella no basta dar un largo paseo por dentro del palacio del Con-

desliza sobre las negras aguas, nadando tranquilamente sobre alfombras de nenúfares en flor y dejando en pos de sí ondulaciones que hacen mover las imágenes reflejadas de los rojizos edificios y monumentos del siglo XIII, que parecen entonces agitados por intensos terremotos y próximos á desplomarse.

Cada uno de los monumentos de Brujas es una página histórica; cada una de sus piedras grises,



BRUJAS. - EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO. - TABLERO DEL DÍPTICO «HISTORIA DEL JUEZ PREVARICADOR,» obra de Gerard David que se conserva en el Museo Municipal de Brujas

Entonces Carlota sintió desmayar en sus brazos el inanimado cuerpo de su esposo.

Una energía sobrehumana, un milagro del amor había hecho comprender en un instante á Morlán que el menor grito de dolor podía asustar á Carlota y ocasionarle una caída mortal.

La bala atravesó el corazón, pero el pensamiento imprimió al cuerpo una suprema voluntad. El amor sobrevivió á la vida, venciendo un instante á la muerte.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

sejo Municipal y abandonar en seguida la Ciudad muerta. No; es preciso para ello descansar, respirar este aire, aunque sea poco sano el ambiente de los estrechos canales, y tomar posesión, por decirlo así, de esta vieja urbe que en la época de su poderío contaba 200.000 habitantes y hoy tiene sólo 40.000, de ellos 11.000 pobres.

El Muelle Verde, el Lago de Amor, el Beaterio, la Puerta de Ostende, el Muelle del Rosario, son puntos de vista que no se cansa uno de admirar y de recorrer por espacio de muchas horas.

De cuando en cuando, una bandada de cisnes se

carcomidas, ostenta una fecha heroica y lleva impreso el sello de los siglos desaparecidos. Su enorme campanario parece la voz de las pasadas edades que repercute de siglo en siglo al través del choque de las armas y de los gritos de guerra.

Para penetrarse bien de este carácter medioeval, es preciso haber oído el *carillon* durante la noche, en medio del profundo silencio poblado de fantasmas, mientras se examinan los viejos archivos del conde de Flandes y mientras la luna, cuyos rayos han resbalado antes por los arruinados muros del antiguo burgo, muévase lentamente en el firmamen-

to purísimo, desde la torre romana de la catedral hasta la torre gótica de Nuestra Señora. Entonces revive en torno nuestro toda la ciudad muerta, la Brujas del siglo XIII, y nos parece escuchar el ruido de las armaduras, la caída de los puentes levadizos, el chocar de cadenas, los gritos de los centinelas en las murallas, y ver las heroicas sombras de los Balduinos, que envueltos en luz fantástica pasan galopando por delante de nuestros ojos.

El encanto incomprendible de Brujas constituye uno de esos recuerdos que nunca más se borran de la memoria. Hay en esta ciudad rincones deliciosos que conmueven, saturándonos de una suave tristeza, al recordarnos tiempos remotos; plazas silenciosas con nombres históricos, rodeadas de casas con esbeltos piñones y tapizadas de hierba, de entre la cual surge una estatua evocadora de siglos que fueron; donde ningún ruido turba la paz profunda de la ciudad muerta; y sobre todo, esos canales verdosos y floridos con infinitas perspectivas, siempre variadas, que dan a Brujas su fisonomía de Venecia del Norte.

El lago de Amor es de lo más imponente que imaginarse pueda: el ánimo se siente sobrecogido al contemplar desde el pie del Beaterio aquel puente de cuatro arcos, detrás del cual asoma la cima de un campanario; en primer término, a la derecha, un grupo de frondosos árboles refleja su verdura en las tranquilas aguas cubiertas de hierba; y en el fondo, al otro lado del puente, la torre que presencié tantas luchas y en cuyos muros crece la hiedra, ocultando bajo sus hojas las manchas de la sangre flamenca y española que se derramó junto a ellos. Después de esta impresión espérase al viajero otra no menos intensa en el Beaterio, lugar de recogimiento para damas que viven en él en comunidad, aunque ocupando cada una su casita propia en el barrio que allí se levanta. Esas damas, que desde su retiro pueden gozar del hermoso espectáculo que la naturaleza les ofrece, pertenecen a una institución que data del siglo XIII y que fué muy protegida por Juan de Constantinopla. Detrás de unas cortinillas blancas y bien planchadas asoma el busto de una de aquellas retiradas haciendo encajes; más allá se abre una puerta, y por ella sale otra dama que con paso firme va a dar órdenes a otras beatas que tienden ropa sobre la pradera: es la Gran Dama, que antes de entrar a rezar en el pequeño templo cuida de la buena marcha de la orden.

Todo esto, visto en aquel medio ambiente sin que nada distraiga la vista ni el pensamiento, produce una sensación que tiene mucho de mística y prepara el ánimo para volver a la Gran Plaza a fin de admirar a los grandes maestros del arte primitivo.

La capilla de la Santa Sangre que mandó construir en el siglo XIII el conde Thierry de Alsacia a su regreso de los Santos Lugares, es una maravilla del arte ojival; el Palacio de Justicia ó Casa Dorada y la fachada de las Casas Consistoriales son también dignos de admiración por su estilo. Todos estos edificios poseen cuadros de los pintores primitivos; pero actualmente estas pinturas se encuentran en la exposición.

Allí me dirijo para contemplar las obras de Gerard David.

Nació éste en Oudewater, estudió pintura en Harlem, ciudad cercana a Amsterdam, y se estableció en Brujas en 1483, siendo admitido en 14 de Enero de 1484 en la Corporación de San Lucas. Sus dos obras más antiguas son el *Juicio de Cambises* y el diptico del *Juez prevaricador*, que fueron comenzados en 1488 y terminados diez años después. La composición y el colorido de ambas obras, así como varios detalles que en ellas se observan, hacen creer que David había viajado por Italia antes de instalarse en Brujas; si el color y la manera de agrupar las figuras revelan una influencia veneciana, los amorcillos, las guirnalda de flores y frutas y los camafeos de estilo Médicis demuestran que también pasó el maestro por Florencia.

David era un iluminador y un miniaturista admirable; su esposa y su hija le ayudaban en sus trabajos de este género, y todos juntos realizaban verdaderos prodigios. La *predicación de San Juan* y el *Bautismo de Cristo* son de mano de Gerard; el tríptico es la única obra que puede atribuirse con seguridad a su esposa. Las tres miniaturas que hay en la exposición proceden de la abadía de San Dunes.

Los pintores de Tournai gozaron de gran fama. En aquella ciudad episcopal, en donde hacía tiempo que florecían las artes, nació Roberto Campín, que fué maestro de Jaime Daret y uno de los prin-

cipales artistas que se ocuparon de las decoraciones para las fiestas del Toisón de Oro y de las bodas de Carlos el Temerario, celebradas en 1468.

Daret está representado en la exposición por un tríptico procedente del hospital de San Julián de Brujas y que ahora pertenece al Instituto Real de Liverpool.

Metsys, cuyos tapices posee la Casa Real de España, es hoy en día uno de los maestros más celebrados: de él hay en la exposición dos cuadros importantes, cedidos por el príncipe de Lichtenstein y el barón de Oppenheim. El de este último es *La Virgen y el Niño*; la Virgen, de tamaño natural, está sentada y tiene en su falda al Divino Infante, el cual alarga la manecita para coger el racimo de uvas que tiene su Madre; en el extremo del primer tér-



LOPE DE VEGA, estatua de Mateo Inurria, fundida en bronce en los talleres de los Sres. Masriera y Campins

mino de la izquierda, se ven en el suelo dos manzanas y algunas uvas más lejos, San José sacando agua de un pozo y un asno; en el fondo, un paisaje muy accidentado con un río; más allá, una ciudad y montañas; a la derecha, casas y rocas. Este cuadro por sí solo bastaría para hacer célebre a un pintor, cuyas hermosas creaciones adornan muchos y muy importantes museos que no han querido desprenderse de tan valiosas joyas.

El famoso Pedro Bruegel, cuyos cuadros se conocen sin necesidad de mirar la firma, por lo fantástico y extravagante de los asuntos, se nos presenta en la mayoría de sus obras con el estilo bufonesco que más tarde cultivó Teniers; pero sus composiciones son más ingenuas que las de éste y no tienen por objeto casi exclusivo hacer reír al público y ridiculizar la vida de los campesinos. Entre sus lienzos más típicos puede citarse *El país de Jauja*.

Su padre, llamado el Viejo, ocupa también un lugar principal en la exposición con su *Adoración de los Reyes Magos*, cuadro pintado con mucho arte, aunque con cierta exageración en algunos fragmentos.

Con lo dicho puede formarse idea de lo que es la exposición de Arte flamenco antiguo que actualmente se celebra en Brujas.

Al mismo tiempo que ésta celébrase otra en el

palacio Grunthuse, en la cual figuran los más bellos libros miniaturados por grandes artistas, una colección de planos y cuentas desde 1421 y otros objetos de valor artístico é histórico, como un delantal de D.<sup>a</sup> Juana la Loca, un cuello de encajes de Margarita de Austria y otro de Carlos V, escasas reliquias salvadas de las catástrofes que tantas veces han conmovido al país flamenco.

Brujas, agosto de 1902.

PEDRO COLL.

## LA COPA Y EL VASO

El capricho de una mujer bastó para que bruscamente cambiara el lugar de la orgía. Habíase desarrollado la primera parte en el palacio del duque de Liévanes. Una docena de hembras aturdidas y locas había comido con otros tantos jóvenes de moda de lo más empingorotado del Madrid aristocrático. Al destaparse las botellas del champagne, el ruido era ensordecedor, y la alegría bulliciosa y desenfrenada estallaba en gritos, cantos y carcajadas. Aquel banquete íntimo tomaba matices que mucho desdecían de la exquisita corrección con que la juventud masculina allí reunida acostumbraba a producirse en lugares públicos en que continuamente exhibía su descuidada elegancia, su fausto y su riqueza.

De pronto, una de las hembras propuso ir a terminar la noche a la quinta que el de Liévanes poseía en Cañabanchel, hacía años cerrada y al cuidado de un criado jardinero. Las dificultades que envolvía para tanta gente el hacer el impensado trayecto, fueron hábilmente vencidas por quienes hallaban en la extravagante idea algo nuevo con que satisfacer sus gustos estragados. La idea de llegar al hotel abandonado y escudriñar sus habitaciones, preparadas para numeroso personal hacía ya tantos años, cuando la familia de Liévanes celebraba allí sus renombrados festejos; el pensamiento de verse en aquel lugar librés de servidumbre, pues habían decidido despedir cocheros y lacayos apenas llegasen; el capricho de cargar ellos mismos con víveres y bebidas, para pasar en soledad placentera el resto de la noche... y el día siguiente si venía al caso, les pareció de perlas. El plan se realizó en el acto, y como tromba tempestuosa que se aleja, desapareció del ancho y lujoso comedor la juventud alegre y divertida. La mesa, cubierta de loza y cristalería, quedó sola y muda, con la visible huella del desorden que había precedido a la calma y el reposo.

Apenas se había extinguido el ruido de los carruajes en que el duque y sus convidados se alejaban, cuando los criados de la casa, dirigidos por el mayordomo, un mocetón de treinta años, listo y vivaz como una centella, comenzaron el arreglo del desordenado comedor. El mayordomo vigilaba atento; decíase que aquel cuidado y esmero, con que se había ganado la voluntad de su amo, le servía para fomentar su propio peculio a costa de las prodigalidades ajenas. El caso es que la servidumbre hallaba en él un guía severo y una voluntad de hierro, ante la cual tenía que humillarse y ceder. El servicio de mesa fué alzado con prontitud pasmosa y la cristalería trasladada al ancho fregadero de piedra de la cocina.

Por azar de la suerte, una copa de champagne quedó junto a un vaso toscó, grosero, que un marmitón ebrio había traído de la taberna.

La casualidad les había reunido. La copa aristocrática, orgullosa, finísima, rehuyó en un principio el contacto con el vaso, basto, humilde, grosero, asustado de su aproximación a la altiva compañera que la suerte le deparaba en el fondo del ancho fregadero. El azar de una colocación desordenada los había apartado del montón informe que platos, fuentes y botellas formaban a su lado, constituyendo sobre el lecho de piedra elevada pirámide, mientras ellos, caídos por capricho de la suerte en un ángulo apartado, veían transcurrir solos las horas lentas de la noche, alumbrados por la luz eléctrica que encendida se había dejado el pinche en la amplia cocina, cuando, cansado de retozar con sus compañeros, ahito de vino y hecho un leño, se había marchado a dormir a su camastro, sin preocuparse de cumplir con su obligación, consistente en limpiar la loza y cristalería confiada a su cuidado.

La intimidad creada por horas y horas de forzosa aproximación, hizo que aquellos dos seres de tan distinta jerarquía rompiesen la muda hostilidad

con que en un principio se habían mirado. Las palabras casi sueltas y sin engarce cambiadas en un principio, se trocaron en diálogo animado y vivo, y tras las exterioridades de conversación superficial, nacieron las confidencias, y copa y vaso se relataron su historia respectiva, sus días de goce y de pesar, una vez roto el convencionalismo que antes les había separado.

No tardó en advertir el vaso que el respeto que su compañera le había inspirado se desvanecía lentamente, porque detrás de aquella finura, gracia y sublimidad, sólo veía amarguras, pasiones y sentimientos muy semejantes á los que él mismo había experimentado en su azarosa existencia.

No escapó este cambio á la excelsa copa, y al ver que su amigo del momento observaba que no era merecido el buen concepto que de ella había tenido en un principio, le dijo con voz melodiosa y suave, tenue, como la frágil materia que la constituía:

- A la primera azadonada disteis en el agua.

Confesión tan explícita satisfizo al vaso, alentándole á proseguir el comenzado diálogo, en que alternando con el timbre delicado y sutil de la dama, dejábase oír el son brusco, fuerte y violento del grosero interlocutor.

Síntesis de la conversación fueron dos historias harto distintas en su forma, pero de asombroso parecido en el fondo, porque idénticos sentimientos habían agitado á aquellos dos seres en el proceso de su respectiva vida.

- Yo, dijo la copa, he pasado en relación inversa por los azares que algunas veces he oído contar de aquel buen mozo sevillano que se llamó D. Juan de Mañara. El pasó del vicio á la virtud, y yo, que he visto transcurrir los primeros tiempos de mi vida en la quietud y el sosiego, en los goces apacibles y tiernos de la más sencilla rectitud, me veo hoy lanzada á la orgía y al desenfreno. Materia inerte, voy donde me llevan, y sigo los vaivenes de la noble casa de Liévanes. Me adquirieron con muchas



EN EL PALCO, cuadro de Manuel Cusí  
(Exposición Robira, calle de Escudillers)

compañeras más, sacándome del almacén de la fábrica, para solemnizar el primer vestido largo que usaba Elvira, que con Luis, eran únicos hijos del egregio duque de Liévanes. Por primera vez en su vida, recién salida del colegio, saboreó en mí el vino espumoso para que fué creada. Aún conservo el recuerdo del roce de aquella boca purísima que un año después selló implacable la muerte. Durante aquel año, en festines de familia gocé la existencia noble y elevada que hasta en sus actos más mínimos eran característica del ilustre prócer. Después... tras la muerte de Elvira vino la de los duques, y el actual, bajando de escalón en escalón, malgasta y disipa en locuras sin cuento el caudal laboriosamente conservado por sus antepasados. Las mismas paredes que presenciaron las decorosas fiestas del hogar, ven hoy el escándalo y la profanación de su nombre preclaro. ¿Qué más? En mí misma reposan los labios de impura cortesana. Ahora, en el dejo amargo de la orgía, reconozco mi envilecimiento; pero cuando el festín se anima y vibran en el aire las canciones de amor y de locura y bulle el líquido espumoso en mi seno transparente, poseída de la embriaguez que mando á oleadas al que me coge con trémula mano, me complazco en un goce insano que me aturde y me fascina, haciéndome olvidar mis horas de virtud y el roce tímido de los labios de la celeste Elvira.

- Yo, dijo el vaso, viví también en hogar honrado. Un obrero me adquirió y me colocó en su mesa. Noble jugo de vid me llenó mil veces, y yo mandaba fuerza restauradora al músculo fatigado por el trabajo de aquel atleta que empleaba la potencia entera de su cuerpo en ganar el pan para su familia. Un día la desgracia le hirió y cambié de dueño. De lance me adquirió el vil propietario de un figón inmundo, antro adecuado de ladrones y mujerzuelas. Mezclas sin nombre substituyeron en mi seno el rojo vino, y en mí germinaron, para mandarlos al cerebro y al corazón de los malvados, los instintos



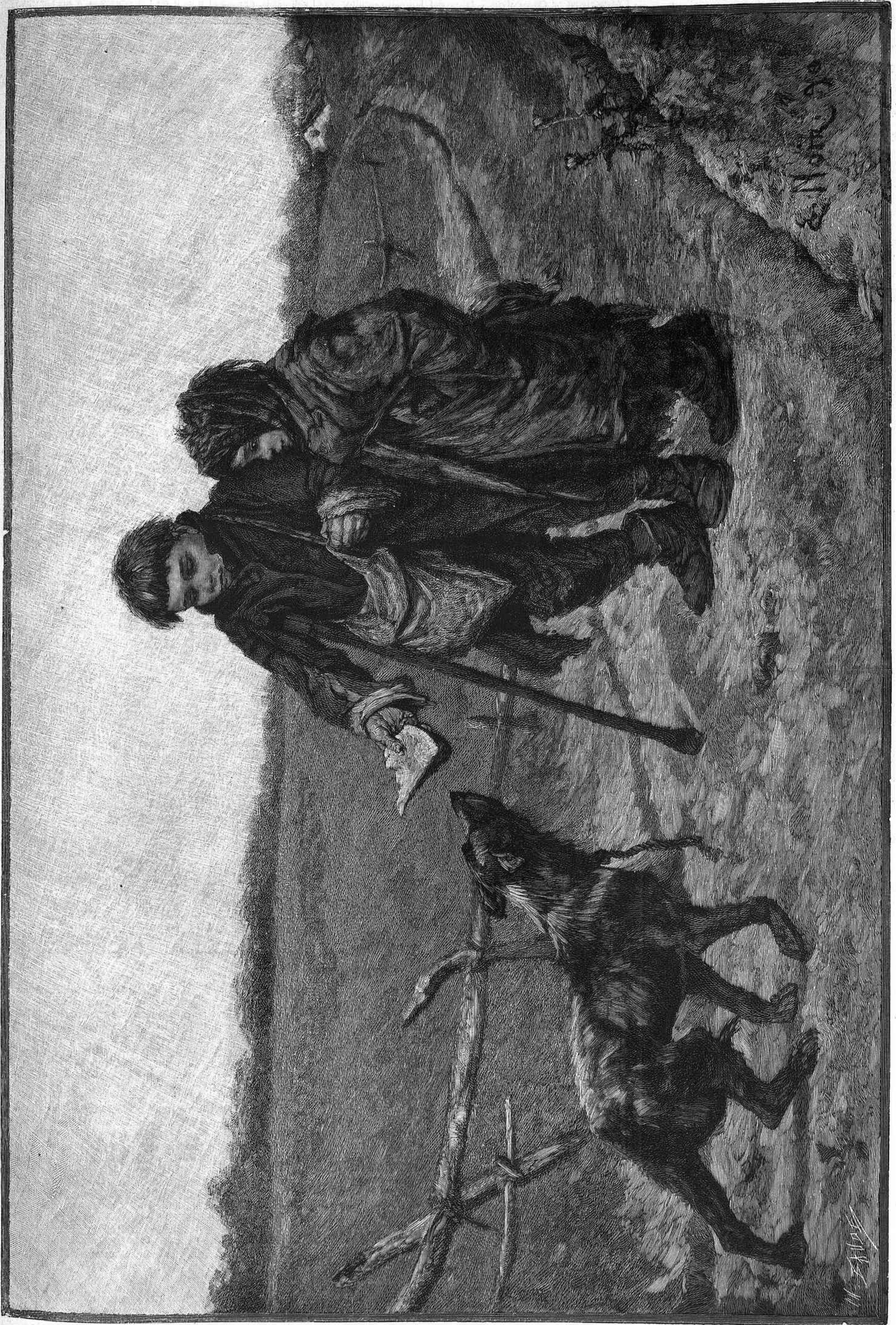
La vaca herida, cuadro de G. H. Mosler (Salón de París de 1902)



LAFAYETTE RECIBIDO POR WASHINGTON, cuadro de A. Gatti







UNA LIMOSNA, cuadro de E. Noir



cruces que surgen en las frentes de los ladrones y arman los brazos de los asesinos. Y más de una vez volé por los aires, sin que al choque se rompiera mi fuerte constitución, precediendo al golpazo brutal del matón ó á la puñalada certera del malsin artero.

La copa, disgustada, herida, orgullosa y altiva, guardó silencio. El vaso comprendió el movimiento de repulsión que animaba á su compañera eventual, y un acceso de ira se apoderó de él.

— ¿Qué tienes que echarme en cara?, preguntó encolerizado. Tú lo has dicho en un principio; nuestra historia es la misma, y los dos desde la altura hemos caído en el abismo. Somos iguales.

— ¡Igual tú á mí?, dijo la copa con desdén. ¡Tú eres grosero y vil, y yo fina, tenue, casi impalpable!

— Olvidas, repuso el vaso, que los dos fuimos hechos de un soplo; nacimos en idéntico crisol de arcilla, y eres, como yo, miserable arena.

— Pero tu cuerpo toca en la tierra, y el mío se yergue siempre, distanciado de ella, sobre el pie.

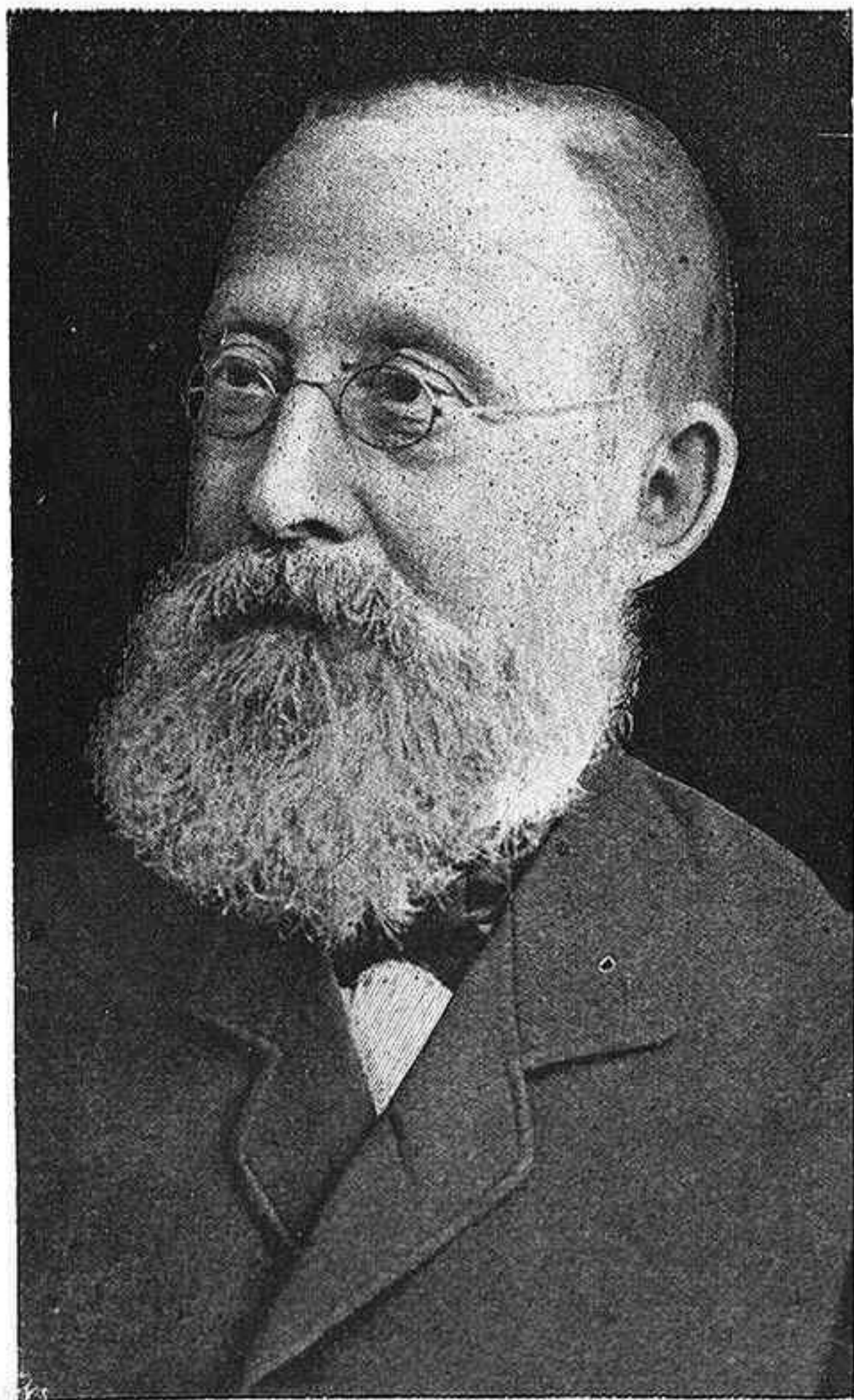
— Y eso mismo te hace débil, rugió el vaso, apartándose de repente de la copa que en él se apoyaba.

Oyóse un tic tenue y débil como un suspiro; el pie rompió su enlace con el cáliz cristalino, y éste, al rodar por la piedra, se deshizo en fragmentos. Y mientras el vaso, arrepentido ya de su violencia, lloraba una lágrima roja, hez del líquido que había contenido, una gota de champagne rodaba entre los pedazos de la rota copa, como última sangre de ámbar de aquel ser que, constituido todo por la forma, para siempre había dejado de existir.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ.

### NUESTROS GRABADOS

**El Dr. Rodolfo Virchow.** — El profesor Virchow, uno de los sabios más eminentes de Alemania y una de las más grandes y legítimas glorias de la Medicina moderna, acaba de fallecer en Berlín, víctima de una congestión pulmonar. Nacido en 13 de octubre de 1821 en Schwelbein (Pomerania), recibió de doctor en Medicina en 1843, y en 1847 fué nombrado profesor del hospital de la Caridad de la capital de Prusia. Encargado del servicio de las piezas anatómicas, comenzó á dedicarse al estudio de la anatomía patológica, fundando con Reinhard los *Anales de Anatomía y Fisiología patológica*, una de las más importantes revistas médicas que en el mundo se publican. Virchow hizo numerosos y profundos estudios sobre la patología celular, la noción general de la individualidad de las células, sus manifestaciones patológicas y el papel que representa en las enfermedades. Débense además á Virchow un gran número de notabilísimos trabajos, especialmente sobre la trombosis, el embolismo, los tumores, el tifus, las pneumonías, las flebitis, etc. En 1873 publicó una Memoria general sobre las obras de la ciudad de Berlín, en la que prescribía las reglas de la organización sanitaria de aquella capital. Fundó en Wurzburg una escuela de Anatomía patológica que dirigió desde 1849 á 1856, fecha en que regresó á Berlín para encargarse de la cátedra de Anatomía



EL EMINENTE PROFESOR DR. RODOLFO VIRCHOW, fallecido en Berlín en 5 del presente mes

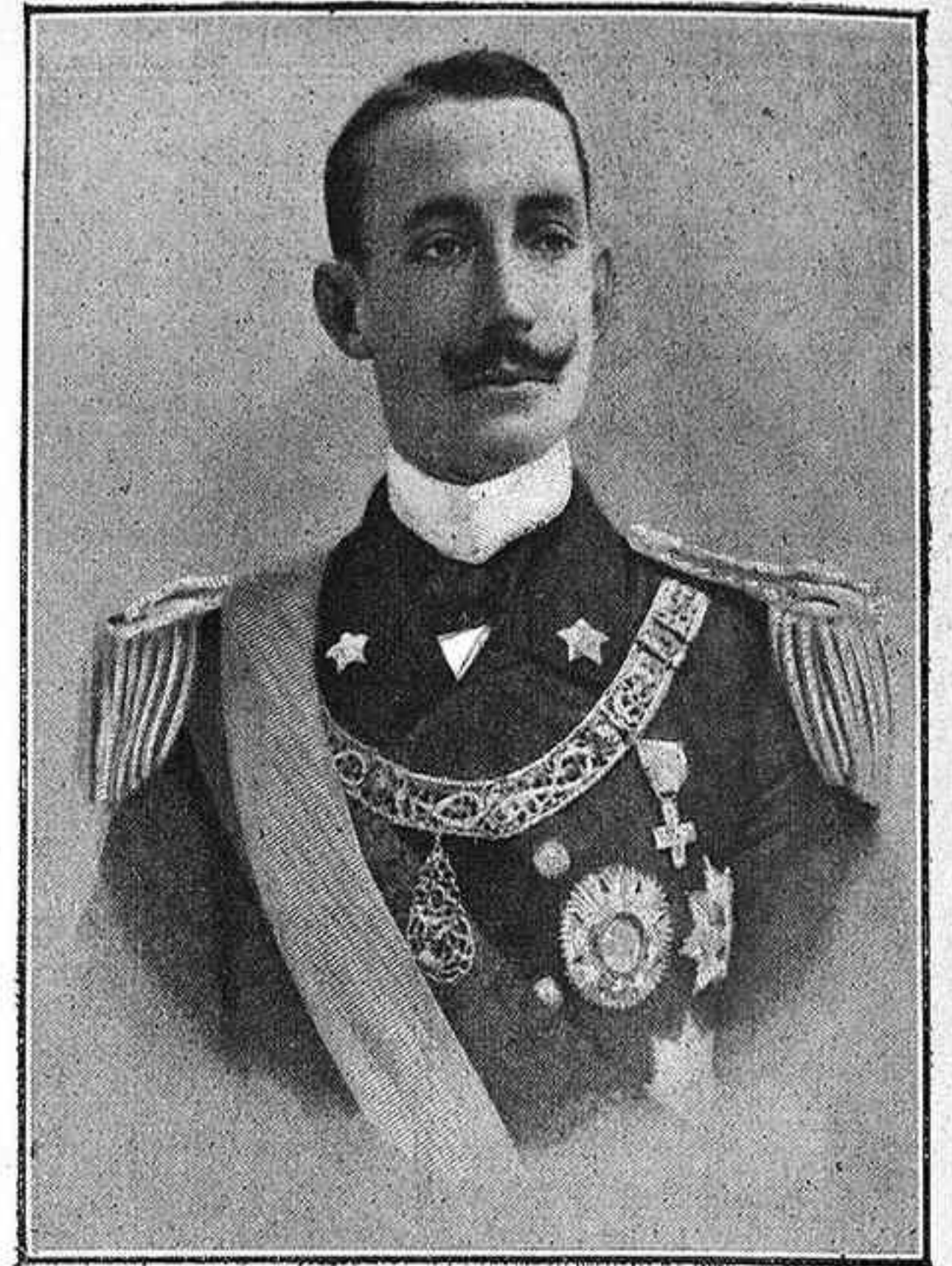
patológica, que ha conservado hasta su muerte. En octubre de 1901, con motivo de cumplir los ochenta años, todo el mundo científico tributó al sabio ilustre solemne homenaje de respeto y admiración. Fué asimismo un gran antropólogo y etnógrafo, y sobre todo un profesor eminentísimo.

**Lope de Vega, estatua de Mateo Inurria, fundida en bronce en los talleres de los señores Masriera y Campins.** — Obra del laureado escultor cordobés Mateo Inurria es la estatua de Lope de Vega que sirve de digno remate al monumento inaugurado en la Glorieta de San Bernardo de la coronada villa, durante los festejos celebrados con motivo de la coronación de D. Alfonso XIII. La simplicidad es la característica de la producción á que nos referimos, logrando el artista representar atinadamente al personaje, con limitación de recursos y teniendo muy en cuenta la índole monumental de la obra. No es Inurria un artista novel. Sus obras *La vuelta de la pesca* y *El naufragio*, que tan justamente llamaron la atención de los inteligentes en la Exposición Nacional de 1890, atestiguan su valía. Por eso aplaudimos su última y reciente producción, convencidos de que nos ha de procurar nuevas ocasiones para poder ofrecerle nuestros plácemes y el testimonio de la consideración que nos merece.

**En el palco, cuadro de Manuel Cusi** (Exposición Robira, calle de Escudillers). — Otra bellísima producción de Manuel Cusi podemos dar á conocer á nuestros lectores, distintiva por el esfuerzo que representa, ya que el artista se propuso, al ejecutarla, obtener los maravillosos efectos de luz que se observan en los cambiantes de las sedas, de los adornos y de las carnes. Desde este punto de vista es el cuadro del señor Cusi un buen estudio, que se avalora más y más por ese sello de distinción, peculiar del artista, elegante en el trazo y devoto de la belleza, á la que rinde culto, sin renunciar por ello á ese natural que tantos encantos ofrece cuando las aptitudes del pintor se hallan robustecidas por las cualidades del artista.

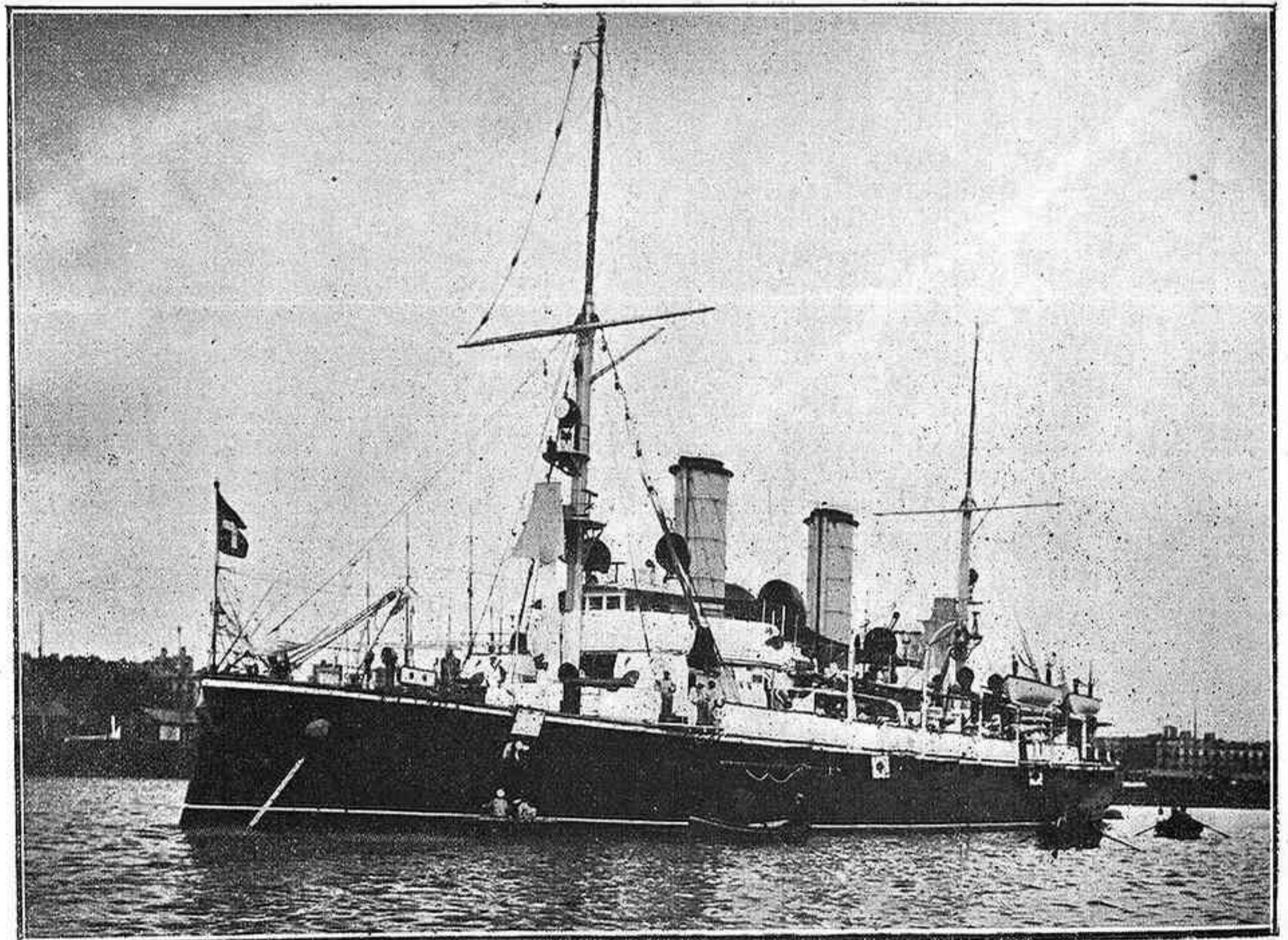
**Lafayette recibido por Wáshington, cuadro de A. Gatti.** — Cuando los Estados Unidos comenzaron la heroica lucha de su independencia, muchos europeos acudieron á engrosar las filas del ejército americano. Los primeros voluntarios que allí marcharon fueron franceses, lo cual se explica porque Inglaterra era la tradicional y odiada enemiga de Francia. Poco antes, la nación francesa había visto arrebatada por los ingleses la más importante colonia, el Canadá, y eran por consiguiente recientes la ira y el odio que aquel hecho había despertado. Inmediatamente después de la declaración de la independencia de los Estados Unidos, en 1776, inicióse en la aristocracia de Francia un movimiento favorable á una alianza con ellos. El marqués de Lafayette, joven de veintidós años, de alma noble y corazón apasionado, no quiso es-

deo I de España. El Ayuntamiento, en nombre de Barcelona, ha obsequiado al ilustre huésped con aplauso de todos los barceloneses, porque el duque de los Abruzzos, á sus cualidades



S. A. EL PRÍNCIPE LUIS AMADEO, duque de los Abruzzos

de príncipe nacido en España y de miembro de la familia real italiana, reúne la de ser eminente hombre de ciencia, cuyo viaje al Polo Norte llena una de las páginas más gloriosas de la historia de las expediciones polares. En la actualidad desempeña el cargo de comandante del crucero *Liguria*, en el que ha vi-



BARCELONA. — EL CRUCERO DE LA MARINA ITALIANA «LIGURIA», DEL QUE ES COMANDANTE EL DUQUE DE LOS ABRUZZOS (de fotografía de Serra)

perar á que la corona cediera á las vivas instancias de la opinión amiga de América, y con sus propios recursos armó un buque y marchó al nuevo mundo para poner su vida y su hacienda al servicio de la causa de la libertad de aquel pueblo. El cuadro de Gatti que reproducimos representa la primera entrevista entre el joven aristócrata y Wáshington: el desconfiado caudillo americano recibió de momento con cierta reserva al francés entusiasta; mas no tardó en convencerse de que tenía delante á un hombre en quien podía confiar en absoluto. Lafayette justificó plenamente esta confianza, no sólo combatiendo durante la guerra, sino además en París, siendo uno de los que más contribuyeron á la alianza entre ambos Estados.

**La vaca herida, cuadro de G. H. Mosler.** — Este cuadro, de asunto que algunos calificarán tal vez de trivial, es de un sentimiento y de una verdad admirables; su autor ha sabido agrupar las figuras con tanto acierto y dar á sus movimientos y á sus fisonomías tal expresión, que la escena, siendo como es tan sencilla, resulta ciertamente conmovedora. Basta mirar las caras de esos dos viejos: el cuidado con que el uno vendar la herida de la vaca y la atención con que la otra sigue aquella operación, para comprender que hay en su solicitud algo más que el interés material; que existe entre ellos y la pobre bestia un lazo más fuerte que la idea egoísta; que á todos les une, no sólo la costumbre, sino también el afecto.

**El príncipe Luis Amadeo en Barcelona.** — Durante los días de su permanencia en esta capital, habrá podido convencerse el príncipe Luis Amadeo, duque de los Abruzzos, así de las simpatías que su personalidad ha despertado en todas las clases, como de la buena memoria que aquí se conserva de su padre, el que fué por breve tiempo rey Ama-

sitado nuestro puerto, y que es un buque de acero de 2.300 toneladas, 80 metros de eslora y 12 de puntal, con máquinas de triple expansión que imprimen al barco una velocidad de 18 millas por hora. Su artillería se compone de seis cañones Armstrong de 15 centímetros, nueve cañones Hotchkins de 57 milímetros, dos de tiro rápido de 37, dos ametralladoras y cuatro tubos lanzatorpedos.

**Una limosna, cuadro de E. Noir.** — Hay obras artísticas que, sin necesidad de ser analizadas, se imponen desde el primer momento y cuyas bellezas no ha de señalar la crítica, porque hartas las revela la impresión que su contemplación produce. A este género de obras pertenece el cuadro de E. Noir. No es menester fijarse en lo acertado de la composición, ni en la hábil ejecución del paisaje y de las figuras; estas cualidades, que realmente encierran el cuadro, significan poca cosa al lado del sentimiento que del lienzo se desprende: aquellos dos niños pobres que dan el pedazo de pan, único recurso con que para acallar su hambre contaban, al perro más pobre y más hambriento que ellos, nos emocionan profundamente y casi hacen asomar las lágrimas á nuestros ojos.

**Pasando el rato, cuadro de Luis Graner** (Salón París). — Otro lienzo, que forma parte de la interesante colección que exhibió el Sr. Graner, damos á conocer á nuestros lectores. Este, como sus compañeros, hállase inspirado en un cuadro de costumbres. Representa el interior de un cafetín al atardecer, en donde un grupo de obreros pasa el rato jugando al dominó ó á la malilla. Los tipos, las actitudes y los pormenores todos del cuadro que se destacan ó dibujan en esa misteriosa penumbra que produce el declinar del día, están perfectamente estudiados y habilísimamente interpretados.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.— ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

IX

— ¡Es demasiado!, ¡es demasiado! ¡Son mentiras, calumnias, infamias! No comprendo sus alusiones, pero siento que son falsedades horribles, tremendas, vergonzosas, de las cuales tendrá que responder...

¡Ah! ¿Porque soy mujer ha creído que podía de este modo insultarme? Pero todo se lo diré a mi hermano, todo, palabra por palabra, y será él quien le responda.

Aquella ardiente explosión de furor, aquella rebelión tempestuosa ante la deshonra inmerecida, no permitían abrigar la menor duda sobre la veracidad de las palabras. Egberto comprendió toda la sinceridad de aquella sorpresa llena de horror, y en su mirada brilló un rayo de esperanza. Aproximóse á la joven y con voz alterada le dijo:

— ¿No me comprende? ¿Es verdad lo que dice? ¿No es usted la confidente de su hermano? ¡Contésteme!

— No..., no..., rugió Cecilia temblando de ira, pero obligada, á pesar suyo, á responder.

Egberto clavó en ella una mirada sostenida, larga, como si quisiera leer en el fondo de su alma, y luego se le ensanchó el pecho y lanzó un hondo suspiro.

— ¡No, murmuró, no sabe nada!

Hubo un momento de silencio. Las campanas del valle callaban; sólo una dejaba oír sus leves tañidos, lejanos, perdidos casi entre el murmullo del viento que hacía estremecer las ramas.

— Siendo así, dijo Ruckneck en voz baja, debo pedir á usted perdón. Pero no puedo retirar nada de cuanto he dicho del barón: repítaselo usted punto por punto, mírele en los ojos mientras se lo repita y verá usted cómo no he mentado!

Aquel acento resuelto impresionó á la joven de un modo extraño: asaltáronle una inquietud misteriosa, el terror de lo desconocido... Aquel hombre parecía dispuesto á confirmar sus palabras ante el mundo entero... ¡Si realmente no hubiese mentado!.. Pero avergonzada de sí misma, Cecilia desechó aquel pensamiento.

— ¡Déjeme usted!, dijo con acento tembloroso. ¡Váyase!

Egberto le dirigió una larga mirada é inclinó la cabeza.

— No puede usted perdonarme la ofensa que le he inferido..., lo comprendo; pero crea usted que para mí también ha sido un tormento horrible..., el más horrible que en mi vida he sufrido.

Cuando Cecilia levantó la cabeza estaba sola: Egberto había desaparecido entre los árboles. Allá, en la cruz del Albenstein, agitábase violentamente su velo de gasa, como si sintiera torturas y sufrimientos; en torno suyo, murmuraba el bosque agitando sin cesar las ramas de los árboles. Todo era desolación, y á lo lejos sonaba el último tenue tañido de la campana del valle.

El Sr. Dernburg y el barón de Wildenrod paseábanse por el amplio terrado que delante de la casa

gunta. ¿Está usted seguro de estos votos? ¡Han cambiado tanto las cosas en tres años!

— Pero no aquí, respondió Dernburg tranquilamente. Mis hombres y yo nos conocemos desde... hace una infinidad de años. Sé que también aquí se ha tratado de sembrar cizaña; pero les vigilo y no abrigo recelo alguno, porque si estas insinuaciones, estas tentativas de excitación han encontrado eco, son casos aislados: la masa me es leal.

— Esperemos que así sea, repuso con acento de duda el barón, quien en tan poco tiempo parecía haberse puesto al corriente de todo. Pero... los socialistas de estos alrededores se mueven mucho, predicán, azuzan, incitan, y hasta aquí podría llegar el mal.

— Mi querido Wildenrod, aquí estoy yo y creo ser alguien, replicó Dernburg con la seguridad tranquila del hombre acostumbrado á contar con su omnipotencia y con su infalibilidad.

Una sonora carcajada que se oyó en el prado del croquet cortó la respuesta que Wildenrod tenía en los labios, haciéndole volverse rápidamente hacia aquel lado.

Era una escena graciosa la de aquellos dos jóvenes guapos, alegres, con el rostro encendido, la voz alegre atentos á su juego, disfrutando cada uno con las jugadas torpes del otro y armando una gritería como si fueran dos niños.

Dernburg había seguido la mirada del barón y al contemplar aquella sencilla alegría juvenil, se sonrió.

— ¡Qué par de chiquillos tan atolondrados! ¡Paciencia por Maya, que realmente es una niña..., pues no ha cumplido aún diez y siete años! Pero el señor teniente podría acordarse de que no tiene en su favor esta atenuante, dijo en tono de broma.

— ¡Hum! El conde difícilmente aprenderá á ser

formal; tiene un carácter simpático, pero muy ligero.

— ¡Oh, barón, no es usted justo con él! Sí, Víctor es, por desgracia, ligero, y ha dado algunos disgustos á sus padres; también aquí, en Odenberg, podríamos contar algunas de sus fechorías; pero ha tenido siempre un corazón excelente, y sin ser ningún genio, es inteligente, honrado, leal y ciertamente un oficial bonísimo.

— Tanto mejor para él... y para Maya.

— ¿Para Maya?, repitió Dernburg volviéndose bruscamente hacia el barón. ¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir con esto?

— No me parece que sean necesarias grandes explicaciones, ya que no puede decirse que el conde oculte sus intenciones; se ve que no le ha costado mucho aceptar el plan de su hermano.

— ¿Qué plan?, preguntó Dernburg con voz alterada y frunciendo la frente.

El barón se encogió de hombros.

— ¿Qué quiere usted? El conde Víctor me parece



... pero Oscar, contra su costumbre, hablaba poco y escuchaba distraído...

se extendía, enfrascados en una discusión política: el anciano estaba excitado y hablaba con animación, pero Oscar, contra su costumbre, hablaba poco y escuchaba distraído, dirigiendo, en cambio, continuas miradas al gran prado en donde Maya y el conde Víctor de Eckardstein estaban jugando al croquet.

— ¡Ya verá usted qué lucha en la próxima campaña parlamentaria!, decía Dernburg. Antes se verificarán las elecciones, y desde ahora preveo que en el próximo invierno habré de sacrificarlo casi todo á las sesiones del Parlamento.

— ¿Está usted seguro de la reelección?, preguntó Wildenrod distraído.

Dernburg le miró asombrado.

— Veinte años hace, dijo, que represento el mismo distrito y siempre he tenido todos los votos; pero me bastarían los de Odenberg para asegurarme el triunfo.

— Precisamente por esto he formulado mi pre-

bastante ligero, y usted mismo acaba de decirme que lo ha sido siempre. Es muy natural que un jovencito de su edad, un oficial elegante, contraiga muchas deudas; pero también es natural que cuando se depende de un hermano mayor, esta situación no pueda durar mucho tiempo, y no podremos censurar al conde Conrado de Eckardstein, porque encontrando que el hermano se propasaba, haya recurrido a un medio violento para salvarle.

- Y este medio sería...

- Un matrimonio rico. Según parece, el conde Víctor ha venido, obedeciendo á los deseos y á las órdenes de su hermano, para reanudar las antiguas relaciones entre Odensberg y Eckardstein con un objeto fácil de adivinar... ¿Se extraña usted de que yo esté tan bien informado? ¡Fué pura casualidad! Hace algún tiempo, cuando nos invitaron á Eckardstein, pude oír casualmente la conversación de dos caballeros que, de haber sabido que estaba yo en la habitación contigua, no habrían de fijo hablado tan francamente; pero hablaban del matrimonio como de cosa hecha.

Dernburg, cuyo rostro había ido tomando una expresión cada vez más sombría, respondió con voz vibrante:

- Pero en esta cosa hecha me corresponde á mí decir la última palabra... Maya es demasiado joven, es una niña, para que pueda hablarse de matrimonio... ¡Hola, Enrique! ¿Estás aquí? ¿No ha vuelto todavía Cecilia?

- Todavía no, respondió Enrique agitado. He ido á las caballerizas á informarme, pero nadie ha sabido decirme dónde había ido. Esta mañana, cuando todos dormían, ha mandado enganchar el carruaje y se ha marchado sin más compañía que la de Beltrán... No comprendo.

- Habrá sido uno de sus caprichos acostumbrados, dijo Oscar. Cecilia es muy caprichosa y tiene siempre extravagancias cuando menos se espera. Querido cuñado, será preciso que te acostumbres.

- Creo, por el contrario, que Enrique haría mejor en corregirla, repuso Dernburg con cierta aspereza. Los caprichos y las extravagancias no hacen la felicidad de un matrimonio.

El pobre Enrique, que no tenía ciertamente el aspecto de poseer la fuerza ó la voluntad de corregir á nadie, quedóse mudo y mortificado, mientras el barón apresurábase á añadir:

- ¡Oh, se trata seguramente de una broma! Apuesto á que Cecilia con esta excursión nos prepara una sorpresa agradable.

En tanto, la partida de croquet seguía animadísima. Había surgido entre los dos jugadores una discusión que terminó entre gritos de alegría y carcajadas. Dernburg miró hacia allí, pero esta vez sin sonreírse, y exclamó con impaciencia:

- Paréceme, Maya, que ya es hora de dejar el juego. ¡Ven aquí!

La joven obedeció, y con el rostro encendido á causa del ejercicio y de la risa, corrió al lado de su padre, seguida del conde.

- ¡Oh, Sr. Dernburg!, dijo éste con tono franco y simpático. Mi hermano me ha encargado que transmita á usted una súplica de su parte. El miércoles es el cumpleaños de Conrado, y con este motivo se reunirán en casa algunos amigos... ¿No faltarán ustedes, no es verdad?

La pregunta fué formulada como si la respuesta no ofreciera duda; sin embargo, la contestación no correspondió á esta creencia.

- Lo siento, conde, pero el miércoles esperamos forasteros de la capital y no podremos movernos de casa.

- ¿Forasteros, papá? ¿Quién? preguntó Maya sorprendida y curiosa. No había oído hablar de ello.

- Pues ya lo oyes ahora; de todos modos, sentimos no poder aceptar la invitación.

No cabía réplica; era una negativa en toda regla. El joven, que ya se había quedado petrificado al oírse llamar ceremoniosamente conde, no supo qué responder á aquellas palabras tan frías y resueltas como inesperadas, y permaneció con los ojos clavados en la cara impassible del barón, como si presintiera de parte de éste una influencia siniestra.

Pero los jóvenes se sobreponen pronto á las impresiones desagradables: Maya fué la primera en recobrar el buen humor; y reanudada la conversación con su viveza acostumbrada, invitó á su hermano y al conde á que fueran con ella al invernadero para ver las orquídeas.

Cuando se fueron, quedáronse un rato silenciosos Dernburg y el barón, hasta que éste dijo en voz baja:

- Sentiría, Sr. Dernburg, que lo que he referido á usted pudiera influir en sus sentimientos y perjudicar al conde; pero he creído que era un deber mío referirle lo que había oído.

- Al contrario, se lo agradezco á usted; mas como no acostumbro á juzgar á las personas por las habladurías de salón, procuraré informarme de lo que haya de verdad en el asunto.

- Hará usted bien, respondió Wildenrod tranquilamente. Por otra parte, en lo que se refiere á la demasiada juventud de Maya, sucede con frecuencia en nuestra clase que las señoritas se casan á su edad, y me parece que si estuviera interesado el afecto de Maya...

- ¿El afecto de Maya por un hombre que procura pescar á la heredera para poner en orden sus negocios?, preguntó Dernburg con una amargura que demostraba claramente cuán bien asestado había sido el golpe que Wildenrod le dirigiera. ¡Ah, no, de ningún modo! Ya me cuidaré yo de salvarla de semejante suerte. ¡Pobre niña mía!

- Dada su posición, no es cosa fácil, Sr. Dernburg. Sería preciso que se presentara un pretendiente libre, independiente, bastante rico para que no pudiera sospecharse en él ninguna mira codiciosa; pues quien no reuniera estas condiciones podría ser acusado de ir en busca de los millones.

- ¡No todos!, exclamó Dernburg con energía. Un hombre conozco yo que es pobre, que no posee más que su cabeza..., pero es una cabeza que vale por todos los millones y que le asegura el porvenir.

- ¿A quién se refiere usted?, preguntó Oscar estremeciéndose.

- A Egberto Runeck... ¿Le causa asombro? Yo, por el contrario, ¡hace tanto tiempo que pienso en ello! Conozco, y no de ahora, que Enrique no será nunca capaz de ponerse al frente de Odensberg y de dirigirlo por sí solo. Para esto se necesita un hombre de mi temple, como Egberto. ¡Ese muchacho no en vano ha sido educado en mi escuela! Pero esos socialistas de Berlín de tal manera le han envuelto en sus redes, que á veces llego á temer que no podré librarlo de ellas...

- ¿Y lo ha intentado usted, á pesar de cuanto sabía?

- Sí, á pesar de todo lo que sabía, porque estoy cierto de que vendrá un día en que Egberto abrirá los ojos..., con tal de que no sea demasiado tarde para ambos.

Pronunció estas últimas palabras lentamente, como si hablara consigo mismo, y con los ojos fijos en el vacío, á lo lejos.

El barón apretó fuertemente los labios cual si quisiera reprimir una respuesta violenta, y luego dijo con voz sosegada:

- Es esta la primera vez que no comprendo á usted, Sr. Dernburg.

- Es muy posible que así sea: admito que no todo el mundo pueda comprender mis sentimientos hacia Egberto Runeck; pero conozco á éste á fondo, sé de qué madera está hecho, y adivino todas las promesas que en sí encierra. Cuento con él para mi Odensberg, pero precisamente por esto no quiero arruinar por él mi obra. Si Egberto no quiere renunciar á sus ideas..., entonces todo habrá concluído entre los dos; pero Egberto cambiará, estoy seguro de ello. Quiere la vía libre delante de él; quiere avanzar, sobresalir á toda costa; quiere luchar, edificar, hacer, mandar, y un carácter como el suyo no se doblega mucho tiempo bajo el yugo de un partido que exige obediencia ciega, que no admite esfuerzos aislados. Mi único temor es que se dé cuenta de ello cuando ya sea demasiado tarde para su felicidad.

Al barón hubiera debido lisonjearle el recibir las confidencias que Dernburg no había hecho nunca á su hijo; y sin embargo, no sólo parecía poco satisfecho de aquella prueba de confianza, sino que, además, convulso, palidísimo, no podía estarse quieto, y la voz le temblaba cuando con gran esfuerzo logró decir:

- Paréceme que tiene usted una idea demasiado elevada de su favorito... Usted da á entender con ello algo que...

- ¿Por qué no prosigue usted?

- Porque... es una cosa imposible.

- ¿Imposible? ¿Tal vez porque Egberto es hijo de mineros? Los padres de Egberto murieron, pero aunque viviesen... estoy muy por encima de estas preocupaciones.

Wildenrod no respondió; cruzó los brazos detrás de la espalda y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

- Veo que somos de muy distinta manera de pensar, siguió diciendo Dernburg, y me lo explico. Usted es el aristócrata que encuentra el caso inaudito; yo pienso de muy diverso modo: he dejado que Enrique escogiera á su gusto; pero á la dicha de mi hija quiero proveer yo mismo. Mi Maya, exclamó con acento conmovido y los ojos húmedos,

me la ha dado Dios tarde, pero es el rayo de sol de mi existencia. ¡Cuántas veces en mis momentos más difíciles, en las horas de desaliento, sus ojos tan limpidos y su risa tan dulce me han dado fuerza y valor! ¿Y habría yo de consentir que este tesoro mío llegara á ser presa del cálculo, de la codicia? No, quiero que sea apreciada y amada y que la hagan feliz como se merece; y hasta ahora sólo he encontrado un hombre á quien la confiaría con seguridad: estoy persuadido de que la ama, y sé que ese hombre no calcula; me lo ha demostrado.

El barón seguía silencioso: estaba muy pálido y sus ojos brillaban con expresión tan terrible, que era gran suerte para él que Dernburg, atento á mirar en el vacío, no pudiera verlos.

Apenas había acabado de hablar el Sr. Dernburg, cuando un criado se acercó para anunciarle que el director estaba en su despacho y deseaba hablarle.

- ¿En domingo? Debe ser algo muy grave, exclamó Dernburg, añadiendo en voz baja: Barón, lo que le he dicho, que quede entre los dos: considérelolo como confidencia para usted solo.

Cuando el anciano se hubo marchado, Oscar levantó los brazos con un gesto desesperado; pero luego, comprendiendo por instinto que podía ser visto, se contuvo, y haciendo un esfuerzo enorme, cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la baranda del terrado. Ardía un volcán en su cabeza á consecuencia del descubrimiento inesperado... ¡Runeck!, ¡Egberto Runeck surgía de pronto en su camino como un obstáculo imprevisto, colosal! Enfrente de este peligro, el conde Eckardstein, á quien tanto había temido, convertíase en una cosa insignificante, en una broma... ¿Pero Dernburg creía que existía realmente una simpatía entre su hija y Runeck? A esta idea una sonrisa sarcástica, una expresión de superioridad iluminaron el rostro del barón. ¡El corazón de Maya estaba en sus manos! La misma joven lo ignoraba; pero él sabía que bastaba una sola palabra suya para despertar en ella la correspondencia á su pasión... No, aquel frío adversario, aunque poderoso, no era temible, como había temido el poder de los recuerdos de la infancia y la fascinación afectuosa y agradable del joven conde. No, nada había de temer; pero tampoco debía vacilar. No podía entretenerse ni reflexionar; era preciso obrar.

Oscar se irguió resueltamente: era un juego arriesgado, mas no era aquella la primera vez en su vida en que se jugaba el todo por el todo, y ahora el triunfo significaba un porvenir inesperado.

## X

En el fondo del parque de Odensberg, al pie del monte, hay un pequeño lago, llamado el lago de las Rosas, rodeado de juncos y cañas, sombreado por el espeso follaje de un haya gigantesca y encerrado entre verdes matorrales floridos.

Sentada en el banco rústico debajo del haya, está Maya Dernburg; tiene la falda y las manos llenas de flores que había cogido para hacer un ramo; pero ahora no piensa ya en ello. Junto á ella está sentado Oscar de Wildenrod, el cual la ha encontrado «casualmente», y la distrae tan bien, que le ha hecho olvidarse de las flores y de cuanto la rodea.

El barón habla de sus viajes al Norte y al Sur; no hay rincón de Europa que no haya visto, y con su raro talento descriptivo hace revivir ante la joven los variados paisajes, las costumbres extrañas, los diversos acontecimientos ante sus ojos desarrollados. Maya le escucha casi sin respirar; todo parece extraordinario, increíble, mágico á aquella sencilla criatura que hasta ahora no ha conocido más mundo que la casa paterna, ni más gente que su propia familia.

- ¡Cuántas cosas ha visto usted! ¡Cuántas cosas le han sucedido!, exclamó al fin llena de admiración. ¡Qué mundo tan diferente de Odensberg!

- Diferente pero no mejor. Esa libertad, esa mutación continua de lugares, de personas, de impresiones me deslumbraron un día; pero ahora veo las cosas de distinto modo. Viene un momento en que uno despierta para sentir que todo está vacío, para encontrarse solo en medio de la humanidad, completamente solo en medio de esa libertad tan envidiada.

- Pero tiene usted á su hermana, dijo Maya con acento de reproche.

- ¿Y por cuánto tiempo? Dentro de unos meses Cecilia se separará de mí y pertenecerá á su marido, no á su hermano. Créame, Maya; me inspira horror la idea de volver solo á aquella vida sin objeto, sin razón de ser... ¡Oh, si supiera usted cómo envidio á su padre! ¡Qué hombre tan feliz! Vive en el lugar de su trabajo, de su triunfo; proporciona el pan, la vida,

á millares de personas, y la estimación, el cariño, la admiración que le rodean ahora le acompañarán hasta la tumba. En cambio, si yo echo la cuenta de mi existencia, ¿qué resulta?

Maya le miró sorprendida, espantada: Oscar se revelaba á ella como un hombre nuevo, distinto del hombre de mundo elegante y del hombre entrado en años que protege á una jovencita, esos dos aspectos bajo los cuales hasta entonces lo había visto. Y la ingenua criatura, hondamente emocionada, murmuró:

— Yo creía que era usted feliz con esa vida que describe tan llena de encantos.

— ¿Feliz? No, Maya, no lo he sido nunca, ni un día, ni una hora.

— ¿No? Entonces, ¿por qué ha seguido usted viviendo de esta manera?

Oscar encontró la mirada purísima que la joven fijaba gravemente en él y bajó los ojos.

— ¿Por qué? Entonces diremos ¿por qué se vive? Para buscar esa dicha de la que nos hablan cantando en la cuna, esa dicha que en la juventud creemos encontrar allí... en el mundo, en el porvenir; y la perseguimos, corriendo detrás de esa quimera que retrocede y se aleja..., hasta que al fin se desvanece como una sombra..., hasta que renunciamos á ella y con ella á la esperanza.

Aquellas palabras amargas, desalentadas, eran pronunciadas con todo el acento de la verdad: Oscar conocía mejor que nadie aquella vida afanosa en pos de la felicidad que hacía años buscaba... ¿por qué caminos?, sólo él lo sabía. Aquella declaración llena de amargura producía un contraste extraño, hecha en medio de aquel mundo primaveral, en donde todo respiraba belleza, paz y esperanza. La superficie del pequeño lago brillaba herida por la luz del sol, que se filtraba al través del follaje del haya; las mariposas de variados colores, las libélulas de alas transparentes revoloteaban ligeras; el florido saúco perfumaba el aire y cubría con sus pétalos dorados el suelo alfombrado de hierba, y todos los rosales estaban atestados de flores. Era aquel conjunto una armonía de colores y aromas, de vida y de paz, y allá en el fondo la alta muralla de los azulados montes contemplaba severa aquel pequeño Edén.

Wildenrod miró á su alrededor, y su pecho se dilató en un hondo suspiro, como si hubiese querido absorber toda la paz, toda la pureza que en torno suyo reinaba; después inclinó los ojos sobre el rostro encantador de la inocente criatura, que ignoraba hasta el más leve soplo de aquella vida que él había apurado hasta las heces. La miró y vió sus dulces ojos oscuros llenos de lágrimas, mientras con temblorosa voz le decía:

— ¡Es horrible lo que está usted diciendo! ¿De veras no cree usted en la felicidad?

— ¡Sí, ahora sí que creo en ella!, exclamó Oscar apasionadamente. Aquí, en Odenberg, he aprendido de nuevo á esperar. Parece una fábula, ¿no es cierto?, la fábula de una joya que el hombre busca en el mundo por mil diversos caminos y que permanece escondida en el bosque silencioso hasta que llega el afortunado que la encuentra..., ¡y tal vez sea yo ese afortunado!

Diciendo esto, cogió entre sus manos la de Maya. Aquellas palabras, aquel ademán, arrancaron la venda de los ojos de la joven, la cual brusca, imprevistamente leyó lo que su corazón le revelaba; una sensación de felicidad desconocida invadióla por completo, pero al mismo tiempo sintió el mismo sobresalto que había experimentado en su primer encuentro con Oscar, el terror de aquella mirada ardiente que sabía hechizarla contra su voluntad.

— ¡Barón!..., murmuró temblando.

— ¡Me llamo Oscar!, repuso él impetuosamente.

— ¡Oscar..., déjeme usted!

— ¡No, no te dejes!, siguió diciendo Wildenrod con acento apasionado. He encontrado mi joya y no la dejaré mientras viva. Maya..., hay entre los dos una diferencia de muchos años..., no puedo ofrecerte juventud, y sin embargo te amo con el ardor de un joven. Desde el momento en que te me apareciste á la puerta de tu casa, comprendí que eras mi destino, mi felicidad... Y tú también me amas, lo sé; pero deja que lo escuche de tu boca. ¡Habla, Maya! ¡Dime que serás mía! ¡No puedes formarte idea de lo que salvarás en mí, de lo que de mí harás con esta promesa!

La tenía ceñida con su brazo, y aquel torrente de palabras de fuego caía en los oídos de la joven que, con la cabeza apoyada en el pecho de Oscar, le miraba sin miedo; los ojos de Wildenrod, llenos de ternura infinita, ya no le causaban espanto, y aquella confesión de amor destruía todo temor, todo presentimiento.

— ¡Sí, murmuró, te quiero, Oscar; te quiero tanto, tantol..

— ¡Maya mía!, exclamó Wildenrod estrechando entre sus brazos á la joven y cubriendo de besos su cabeza y su rostro.

Una nueva vida ofrecíase al hombre maduro; el pasado con sus obscuras sombras quedaba sepultado en el olvido, y una voz regocijada cantaba en su corazón el himno de la naturaleza en aquel esplendente mayo, y le decía: ¡he aquí la primavera!

De pronto Maya se desprendió de sus brazos y alzó el rostro enrojecido.

— Pero Oscar... ¿y mi padre?, ¿consentirá?

Wildenrod se sonrió: sabía que la diferencia de edad entre él y Maya sería por sí sola un grave obstáculo á los ojos de Dernburg; sabía que no le sería fácil obtener el consentimiento de éste; pero todo esto no le arredraba.

— Tu padre me ha dicho que te quiere amada y feliz, dijo con infinita ternura, y Maya mía, Maya adorada, yo te aseguro que serás feliz y amada.

Mientras se desarrollaba en el jardín esta escena, el Sr. Dernburg estaba en su despacho, sentado delante de la mesa, ocupado en examinar los papeles que le había dejado el director. De pronto abrióse la puerta, y el conde Víctor entró sin hacerse anunciar, como antiguo amigo de la casa.

— He visto salir al director, dijo el joven. Perdóname que le distraiga un momento, pero vengo á despedirme de usted.

— ¿No se queda á comer con nosotros?

— No, muchas gracias; he de regresar á Eckardstein... Dígame, Sr. Dernburg, ¿he de llevar á mi hermano una respuesta negativa? ¡Si supiese usted cómo contábamos con su presencia y con la de su familia!

— Lo siento, pero ya le he dicho á usted que para aquel día esperamos visitas.

El joven sintió toda la frialdad de aquella respuesta, y avanzó dos pasos, diciendo en voz baja:

— Sr. Dernburg, ¿qué tiene usted contra mí?

— ¿Yo?, nada. ¿Por qué dice eso, conde?

— ¡Si hasta me llama de otra manera que antes! Esta mañana todavía me llamaba usted Víctor y me ha recibido con su acostumbrada bondad; y en pocas horas soy para usted el conde y me trata como á un extraño. Aquí hay alguna influencia que creo adivinar.

Dernburg se puso serio; la alusión clarísima á Wildenrod le irritó, pero estaba acostumbrado á ir por el camino recto. ¿Por qué estudiar el modo de descubrir la verdad cuando se le presentaba tan buena ocasión para conocerla? Miró el semblante agraciado y franco del joven, y dijo lentamente:

— No me dejes influir por nadie, y á nadie suelo juzgar mal, y mucho menos á usted, Víctor, á quien conozco de niño. ¿Me permite que le haga algunas preguntas?

— Hágalas usted, yo se lo ruego.

— ¿Por qué ha permanecido tantos años lejos de su casa?

— Por razones personales, de familia.

— Que desea usted callar, á lo que veo.

— No, Sr. Dernburg, á usted no se las callaré... Nunca he estado en buenas relaciones con mi hermano, y desde la muerte de nuestro padre la situación se ha hecho todavía más difícil. Conrado es el primogénito, el propietario del mayorazgo; yo, en cambio, sin su ayuda no podría sostener mi rango militar. Pues bien: esta ayuda me la ha dispensado de una manera tan ofensiva, que he preferido estar lejos de él.

Se veía que aquella confesión era penosa para el joven, y sin embargo nada decía que el Sr. Dernburg no supiera. Todo el mundo conocía la tirantez de relaciones que existía entre ambos hermanos, y la culpa principal estaba de parte del primogénito que, algunos años mayor que Víctor y soltero, era mal visto por su avaricia y por su orgullo.

Dernburg se limitó á decir:

— Y sin embargo, ha vuelto usted.

— Porque así lo ha deseado mi hermano.

— El cual ha concebido sus planes respecto de usted.

Víctor se estremeció y su semblante comenzó á cubrirse de rubor. El Sr. Dernburg, mirándole fijamente, continuó diciendo:

— Veo que adivina usted lo que quiero decir. Oiga, Víctor, seré franco con usted, pero espero que me contestará usted con la misma franqueza: se dice que Conrado le ha hecho venir para... explotar sus antiguas relaciones con Odenberg.

— ¡Sr. Dernburg!, exclamó Víctor dando un paso atrás.

— Diga, Víctor, ¿es cierto eso?

— Me hace usted la pregunta de una manera... respondió el joven turbado y bajando los ojos.

— Que no hay manera de contestarla en términos ambiguos: dígame sí ó no.

— No parece sino que considere usted esto como una ofensa, repuso el joven sin levantar los ojos del suelo. ¿Es acaso un delito pretender reanudar las relaciones de los primeros años? Pues bien: sí, vine atraído por la esperanza de ver realizado el sueño dorado que acariciara en los albores de mi juventud. ¿Qué mal hay en esto? Usted en mi lugar habría hecho lo mismo.

— Pero no obedeciendo á órdenes de otro, exclamó Dernburg con acento enérgico. Y eso que yo habría podido ofrecer una posición mejor que la suya, señor teniente.

El conde reprimió el impulso furioso que le acometió, y dijo procurando no perder la calma:

— Sr. Dernburg, este es un modo bastante duro de echarme en cara que soy pobre.

— No, porque la pobreza á mis ojos no es un obstáculo. La posición de usted es la de todos los segundones de las familias en donde existe el mayorazgo; pero se dice que su hermano de usted ha tenido otras razones para insistir sobre lo que se llama un buen partido. Siento ofender á usted, conde; pero es usted quien ha querido esta conversación, no yo.

— ¡También le han contado eso! ¡Y usted me lo dice así!, exclamó Víctor con amargura. Si he cometido algunas ligerezas, mi hermano me las ha hecho expiar bastante, y en este momento las estoy expiando diez veces más... Pues sí..., con los escasos recursos de que dispongo... contraje deudas... A Conrado le habría costado muy poco librarme de ellas, pero no ha querido hacerlo y me ha hecho ver la posible necesidad de que hubiera de presentar mi dimisión..., y entonces...

— Entonces aceptó usted el proyecto del hermano, dijo Dernburg con acento de desprecio. Lo comprendo, pero también comprenderá usted que yo no entrego á mi hija para esas... operaciones financieras.

El joven, cuyo semblante tan pronto palidecía como se ruborizaba, no pudo contenerse y lanzando un grito sordo levantó la mano en actitud amenazadora.

— ¡Conde!, exclamó Dernburg, ¿pretende acaso desafiarme porque tengo la franqueza de decirle mi opinión?

Víctor, confuso, dejó caer la mano.

— Sr. Dernburg; me ha profesado usted siempre un afecto casi paternal; Odenberg ha sido para mí un segundo hogar, y es usted padre de Maya, á quien yo...

— A quien usted ama, ¿no esto?, preguntó el anciano sarcásticamente.

— Sí, á quien amo, exclamó Víctor animándose y fijando su mirada leal en la del anciano. La he amado desde el primer momento en que volví á verla... Sí, vine obedeciendo á mi hermano, sin repugnancia, esta es la verdad; pero cuando encontré á Maya, no ya niña, sino joven, bella, agradable, llena de gracia, un ángel, en una palabra, me olvidé de mi miseria y de su riqueza y me enamoré de ella con todo mi corazón, con toda mi alma, y... contaba con su antiguo afecto, Sr. Dernburg. Sí, la he amado y la amo por ella misma, por su belleza, por su gracia, por su inocencia; la amo porque... porque Dios lo ha querido. Pero después de lo que acaba usted de decirme, Sr. Dernburg, no me queda más recurso que salir para siempre de esta casa. Sólo una cosa le pido antes de marcharme, un favor sólo: que crea en la sinceridad de mi amor por Maya... Sí, amo á su hija de usted, aun cuando comprendo que la he perdido para siempre.

— Yo no debo juzgar sus sentimientos, conde, repuso el anciano con tono glacial, pero me hago cargo de que después de esta explicación prefiera no volver á Odenberg. Siento que hayamos de separarnos así; pero dadas las circunstancias, no puede ser de otro modo.

Víctor no contestó; inclinóse y salió del despacho. Dernburg le siguió con mirada sombría y suspiró murmurando:

— ¡El también! ¡Un joven tan honrado y tan leal ha aprendido á calcular! ¿Pero es que esta caza del dinero mata todo sentimiento? ¡Y á esto llaman felicidad!

## XI

Cuando regresaba del parque, Wildenrod encontró á Enrique al pie de la escalera que conducía al piso superior, y hubo de detenerse para escuchar las lamentaciones de su cuñado.

(Continuará.)

## CARTELES

DE LA EXPOSICIÓN DE ARTE ANTIGUO  
Y DE LAS FIESTAS DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

He ahí dos producciones que por causas diversas ofrecen la particularidad de llamar poderosamente la atención del público y de los inteligentes. La pri-



CARTEL ANUNCIADOR DE LAS FIESTAS DE LA MERCED, obra de José Triadó que ha obtenido el primer premio en el concurso celebrado por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.

mera, obra del pintor meritísimo D. Ramón Casas, ha de estimarse como la continuación de su labor, una página más de su amplio álbum de estudios, una hoja de su copiosa cartera, siempre interesante y atractiva, porque cada esbozo, cada trazo, es el resultado de un estudio del natural, ejecutado con esa gallardía y facilidad propias y exclusivas de quien de modo admirable maneja el lápiz y sabe dar forma y cuerpo á cuanto se halla sujeto á su observación. El cartel á que nos referimos, considerado como manifestación pictórica, es digno de encomio, y según decimos, es un nuevo testimonio de un pintor tan laborioso como dotado de felicísimas cualidades y aptitudes.

Cuanto al cartel anunciador de las Fiestas de Nuestra Señora de las Mercedes, obra de nuestro cariñoso amigo y distinguido colaborador artístico José Triadó, sólo hemos de decir que fué premiado por un Jurado compuesto de notables artistas, en el concurso abierto por el Excmo. Ayuntamiento de nuestra ciudad. La distinción de que fué objeto demuestra que el Jurado lo consideró superior á los demás, y en este concepto lo reproducimos, ya que

como consecuencia de tal veredicto ha sido adoptado por la corporación municipal.

Nuestros lectores conocen ya las especiales aptitudes que concurren en el Sr. Triadó, por haber podido admirar algunas de sus producciones decorativas en las páginas de esta Revista, por cuyo motivo hemos de limitarnos á felicitar á nuestro amigo por este nuevo triunfo, que es el tercero alcanzado en el transcurso del presente año.

\*\*\*

## LOS ALUVIONES AURÍFEROS

DE COLOMBIA

La República de Colombia es rica en yacimientos auríferos; y á no ser por el clima y por las dificultades del transporte, aquel país sería desde hace tiempo una pequeña California. Explótase allí una cantidad de oro bastante considerable por medio de procedimientos rudimentarios, y el día en que el gobierno se decida á construir algunas líneas férreas, la extracción del oro tomará gran incremento.

En Colombia, como en otras partes, el oro existe en filones y en aluviones; de estos últimos nos ocuparemos exclusivamente, á fin de mostrar de qué modo se han formado á expensas de los filones.

Allí se encuentran en menos cantidad que en California los aluviones antiguos, es decir, depósitos de oro rodado anteriores á las erupciones del período geológico llamado terciario; sin embargo, ciertos aluviones colombianos corresponden á antiguos lechos de ríos que ya no existen á consecuencia del trastorno orográfico de sus inmediaciones, producido por una erupción volcánica, por un terremoto ó por una serie de conmociones sísmicas. De este género son algunos aluviones de la provincia de Tolima.

Mucho más frecuentes son los depósitos de arenas auríferas que se encuentran, bien á la orilla de los ríos actuales, bien á cierta altura sobre los lechos de dichos ríos; pero cualquiera que sea la posición de estos depósitos, es evidente que los ríos actuales son los que han contribuído á su formación de la manera que vamos á explicar.

Hace miles de años, los ríos tenían una pendiente y un caudal mayores que en la actualidad, y arrastraban grandes elementos, bloques enteros de roca y árboles inmensos, arrancados del suelo con sus raíces. Aun hoy en día se ve descender algunos árboles por el río Magdalena. Por razón de estos arrastres considerables del río y quizás también por efecto de una conmoción volcánica, el valle quedó un día obstruído en un punto en que era más estrecho, y entonces ¿qué sucedió? Como el valle estaba cerrado y las aguas seguían afluyendo en gran cantidad, formáronse lagunas inmensas, de las que todavía se ven algunas cerca de los ríos que corren junto á las costas y que no tienen la fuerte pendiente de los que bajan de las montañas. De estas lagunas las hay que tienen una extensión de muchos kilómetros, como por ejemplo la de Chimbuza, junto al río Patín, en el Océano Pacífico.

De esta manera, á un período de torrentes sucede otro de aguas tranquilas y las más de las veces muy profundas, en cuyo fondo se descomponen las rocas que forman el substracto del valle. Ahora bien: este substracto se compone generalmente de antiguos esquistos, y estos esquistos contienen á menudo pequeñas impregnaciones de cuarzo que encierra sulfuros de diversos metales mezclados con oro. Bajo la acción de las aguas, ha habido primero corrosión de la roca y oxidación de los sulfuros, y después los óxidos se han separado en el momento en que el agua volvía á ser corriente, porque eran más ligeros. El oro, en cambio, se concentró en una arena azul (*caliche*) que constituye la base de casi todos los aluviones y que es siempre la parte más rica de los mismos. De modo que el oro no se movió del sitio en que estaba, y en efecto, se encuentran en esas arenas pepitas, muy pequeñas, es cierto, pero que no han sido rodadas, puesto que tienen bien conservadas sus aristas.

Las aguas han vuelto, pues, á ser corrientes con una pendiente menos fuerte que antes, porque el relieve del suelo ha sido algo modificado bajo la influencia tal vez de una débil conmoción sísmica, reanudándose entonces el régimen de los arrastres de rocas, procedentes de mayor altura, que han sido arrancadas de los filones mismos ó de los terrenos en que estos filones están encerrados. Los guijarros arrastrados y mezclados con arcilla, que no debe ser muy abundante en los conglomerados, puesto que ocasiona grandes pérdidas de oro en los canales de lavado, se depositan en la arena azul ya existente y

forman conglomerados (*veneros*) de gran espesor. Después, con el tiempo, el tamaño de los guijarros disminuye y llega á la consistencia de las arenas, arenas análogas á las que depositan los actuales ríos y que contienen, además de oro, del platino y del óxido de hierro magnético, cierta cantidad de hierro cromado, hecho interesante digno de consignarse.

Así se han formado los depósitos aluvionales que, por otra parte, se encuentran especialmente en los puntos en que el río cambia bruscamente de curso, en donde su lecho tuerce á veces en ángulo derecho. Esto se explica fácilmente: estos puntos son probablemente cercanos á aquel en que se ha realizado la reapertura del lecho; allí debía acumularse todo lo que arrastraba el río, encontrándose todavía en aquellos codos bruscos los troncos de árboles y los restos de toda especie por el río arrastrados. En estos codos se recoge también una arena fina y rica que puede lavarse siempre con beneficio.

Al final del período del depósito de las arenas y de los conglomerados, hay que admitir que un movimiento geológico más importante determinó la submersión general de toda la región, habiendo habido tal vez hasta una incursión del mar; así se justifica el depósito de arcilla que por lo general cubre los aluviones y que los oculta á la vista, ayudada por la espesa vegetación de los bosques vírgenes.

Más adelante, el país recobró su aspecto primitivo, corriendo nuevamente las aguas hacia el mar; entonces los ríos se abrieron el cauce que actualmente tienen, bien al través de la arcilla, bien al través de toda una capa de aluviones que revelan á los ojos del buscador de oro formaciones auríferas de ocho y diez metros de espesor, y á veces más.

Sobre estos aluviones se forman aún hoy en día nuevos depósitos, que son la repetición en pequeña escala de lo acaecido en otro tiempo.

En la actualidad, á causa del régimen muy lluvioso bastante especial y común á los países tropicales, los ríos tienen muy fuertes crecidas que pueden alcanzar tres y cuatro metros de diferencia de nivel; entonces la corriente desgasta las playas de los aluviones más antiguos ó se lleva la parte superior de un filón de cuarzo anteriormente descompuesto y oxidado por la humedad del clima. En el transporte el contenido de oro se enriquece, habiendo en cierto modo un enriquecimiento industrial por lavado en grandes extensiones.

El enriquecimiento, por otra parte, es siempre el



CARTEL ANUNCIADOR DE LA EXPOSICIÓN DE ARTES ANTIGUAS que se celebrará en Barcelona durante las próximas fiestas de la Merced, obra de Ramón Casas.

mismo, y si las cantidades de oro contenidas en los aluviones no son muy elevadas, en cambio son constantes, más constantes que en otros países auríferos, como por ejemplo la Guayana. Para una explotación industrial esto no constituye una desventaja, y con un contenido medio de cuatro ó cinco francos de oro por tonelada, pueden instalarse, ó bien una exportación hidráulica, si hay una presa de agua fácil, ó excavadores con canales de lavado de las arenas, ó dragas en los lechos de ciertos ríos.

Los dos primeros métodos de explotación se con-

ciben por el modo de formación de aluviones que hemos explicado. Lo propio sucede respecto de los dragados en determinados puntos: en efecto, todos los valles deben de contener aluviones en mayor ó menor cantidad; si estos aluviones han sido arrancados han tenido que serlo por los ríos, por consiguiente ha podido quedar cierta cantidad de aluviones en el fondo de éstos, y la capa más profunda de los mismos es precisamente la parte que contiene mayores cantidades del precioso mineral.

FÉLIX COLOMER.



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA INAUGURACIÓN DEL PUERTO DE TÚNEZ, obra de Bottée

MEDALLA CONMEMORATIVA

DE LA INAUGURACIÓN DEL PUERTO DE TÚNEZ,

OBRA DE BOTTÉE

El autor de esta medalla figura entre los más notables artistas que en Francia se dedican á esta especialidad, y se cuenta en el número de los que como Chaplain, Roty, Vernou y Patey rinden culto á los más levantados ideales, cultivando casi exclusivamente el género de los símbolos y de las alegorías, en contraposición á los que como Charpentier, Yencesse y otros buscan en sus obras la expresión de la realidad.

Que Bottée es artista de altos vuelos y al mismo tiempo de una ejecución intachable, lo demuestra elocuentemente la medalla que adjunta reproducimos; la habilidad con que en el anverso de ésta ha vencido las dificultades de perspectiva, representando de una manera admirable en tan limitado espacio la figura que simboliza la República Francesa y la ciudad y el puerto de Túnez, el acierto en la colocación de la leyenda, la inspiración que revela la

composición del reverso y la delicadeza y corrección con que aparecen modeladas las figuras y los menores detalles, son cualidades que revelan á un gran maestro. - X.

\*\*

LA CURA DE LA OBSCURIDAD

Existen numerosas curas de luz, natural ó artificial, y hay enfermedades que se tratan por medio de luces de varios colores; ¿por qué, pues, no ha de haberlas que se curen con la obscuridad? Esto es lo que se habrá preguntado sin duda un médico norteamericano, Mr. A. P. King, que por medio de la obscuridad se dedica á tratar la malaria.

¿Y por qué solamente la malaria? ¿Qué conexión existe entre la luz y la fiebre palúdica? El doctor King va á explicárnoslo. En primer término hace observar que las razas muy pigmentadas, de piel bronceada, son menos susceptibles con relación á la fiebre palúdica que las que tienen la piel más blanca; pues bien, en aquellas razas la luz penetra á menos

palúdicas. Finalmente, Flint hace observar que los paroxismos nocturnos son muy raros, y que cuando en el ciclo los accesos que se presentan cada día con algún retraso, habrían de presentarse de noche, sucede las más de las veces que faltan y no se presentan hasta la mañana siguiente.

En todos estos hechos que, dicho sea de paso, tienen muchas excepciones, funda Mr. King su nuevo tratamiento de la malaria, es decir, la escototerapia ó tratamiento por la obscuridad. Por otra parte, es muy admisible que la luz pueda ejercer directa ó indirectamente una influencia sobre el parásito diseminado en la sangre. Para evitar que esta influencia se produzca, Mr. King aconseja que los enfermos permanezcan en la obscuridad durante los accesos de fiebre y que en los intervalos vistan trajes de color oscuro, negros, que no dejen pasar la luz.

El principio del método es muy sencillo; pero para que pueda merecer entera fe es preciso que además de las razones teóricas anteriormente expuestas, nos ofrezca Mr. King observaciones clínicas que constituyan la demostración del valor práctico de su tratamiento. - R.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

REMEDIO DE ABISINIA  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**VINO AROUD**  
CARNE-QUINA  
MEDICAMENTO - ALIMENTO  
El más poderoso **REGENERADOR**  
Prescrito por los Médicos  
Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.  
402, Rue Richelieu, PARIS  
Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

**AGUA LÉCHELLE**  
HEMOSTÁTICA  
Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pacho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

**PAPEL WLINSI**  
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma **WLINSI**.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

VIAJE Á LA LUNA, por *Cyrano de Bergerac*. - El editor barcelonés D. Antonio López ha obrado con muy buen acuerdo incluyendo en su popular «Biblioteca Diamante» esta obra del célebre escritor festivo francés del siglo XVII, digna por sus condiciones literarias y por su fina sátira de ser vulgarizada. Precio, 2 reales.

CANTOS RODADOS, por *José María Vélaz*. - Este libro es una colección, más bien que de artículos, de impresiones sentidas por un poeta ante la contemplación de la naturaleza. En ellas se desborda el alma del Sr. Vélaz, de suerte que el lector no sólo ve los espectáculos que el autor describe con elegante estilo, sino que aprecia toda la poesía que de ellos se desprende. *Cantos rodados* ha sido impreso en Buenos Aires, en la imprenta de J. Peuser.

NIETZSCHE-EMERSON-TOSTOY, por *Enrique Sánchez Torres*. - El autor de esta obra analiza las doctrinas de estos tres filósofos contemporáneos, estudiándolas minuciosamente, criticándolas desde un punto de vista eminentemente católico, haciendo resaltar los errores de



Pasando el rato, cuadro de Luis Graner. (Salón París.)

las unas, lo que puede haber de bueno en las otras y haciendo en suma de todas ellas un detenido examen y un juicio basado en justas observaciones. El libro ha sido impreso en Gracia (Barcelona) en la imprenta de la viuda de J. Miguel.

PARSIFAL, por *Miguel Doménech Español*. - La índole especial de esta sección no nos permite ocuparnos con la detención que se merece de esta obra notable é interesante, digna de figurar entre las mejores que sobre Wagner y su música se han escrito. A pesar nuestro, pues, hemos de limitarnos á decir que en ella se analizan y demuestran de un modo claro la significación y el simbolismo musicales de *Parsifal*, esa colosal creación del genio de Bayreuth, que constituye la verdadera apoteosis musical de la religión católica, estudiando uno por uno los motivos de la ópera y desentrañando su sentido, no con relación á la letra, sino por su propia estructura. Al final hay varias notas para la mejor comprensión del texto, y se reproducen multitud de fragmentos de la partitura, gracias á lo cual y al método y claridad con que está escrita, puede la obra ser comprendida aun por aquellas personas que no tengan instrucción musical alguna. Este libro, traducido del catalán al francés por Jules Villeneuve, ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Fidel Giró, y se vende á cinco francos.

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUROUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS DRES**  
**JORET-HOMOLLE**  
 CURA  
**LOS DOLORES, REÍARDOS,**  
**SUPPRESSIONES DE LOS**  
**MENSTRUOS**  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL  
 prescrito por los Médicos en los casos de  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
*Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.*  
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**GARGANTA**  
 VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,  
 Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la  
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-  
 cion que produce el Tabaco, y especialmente  
 á los S<sup>res</sup> PREDICADORES, ABOGADOS,  
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la  
 emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**COLORES PÁLIDOS**  
**AGOTAMIENTO**  
**GRAJEAS Y ELIXIR**  
**RABUTEAU**  
 El mejor y más económico  
**Ferruginoso.**  
 CLIN Y COMAR, PARIS. - En todas las Farmacias. 634

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 céntimos de peseta la  
 entrega de 16 páginas  
 Se envían prospectos á quien los solicite  
 dirigiéndose á los S<sup>res</sup>. Montaner y Simón, editores

**ENFERMEDADES**  
 del  
**ESTOMAGO**  
 PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-  
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-  
 riosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;  
 regularizan las Funciones del Estómago y  
 de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco 5 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SAMPULLIDOS, TEZ BARCOSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
 CANDES et Co. 18  
 78 St-Denis, 18

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN